
ESCALOFRÍOS
TERROR
e
RALPH BARBY
3
MATO. LUEGO EXISTO

escalofríos de

TERROR

RI

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, es simple coincidencia.

RALPH BARBY

MATO, LUEGO EXISTO

colección
ESCALOFRÍOS TERROR Nº 3



Ediciones Olimpic S.L.
Apdº Correos, 9428
08080 Barcelona

ISBN 84-7750-011-8

Depósito Legal M-21477-1987

1ª edición Julio 87

Fotomecánica LOSER S.A.
Puerto Príncipe, 24
08027 - Barcelona

Imprime FUTURA-GIESA

Distribuye: R.B.A.
Pol. Ind. Zona Franca
Sector B, Calle B, nº 11
08004 - Barcelona

NECO, ERGO SUM

(Mato, luego existo)

CAPITULO PRIMERO

—Te juro que este es el lugar más desolado y lúgubre que haya visto jamás.

Morrison asintió con la cabeza mientras observaba el camino de tierra por el que avanzaban con el pequeño camión, abriéndose paso entre las tinieblas nocturnas con los haces de luz que los faros proyectaban.

—Si no fuera porque nos pagan bien este trabajo…

—Con lo que nos van a dar, compraremos un camión.

—Sí, porque este, no creo que dure mucho más. ¿Te has fijado en que el radiador echa humo?

—Sí, y eso que no le doy fuerte al acelerador que si no… Menudo trasto, esperemos que no nos deje a mitad de camino.

—Je, je —se rio Ashley mientras fumaba—. Y tú que convenciste al tipo que nos encargó este rollo de que no había mejor camión para viajar por estos caminos…

—¿Y no es el mejor, acaso? —preguntó burlón. Sin dejar de controlar el vehículo con una mano, buscó una botella de ginebra y pidió a su amigo—: Sácale el maldito tapón.

—Yo también tomaré un trago de carburante.

Mientras el pequeño y desvencijado camión avanzaba dando tumbos y produciendo mil ruidos, aparte de los que lanzaba el oxidado y agujereado tubo de escape, bebieron ginebra con generosidad.

En aquel camino de tierra abundaban los baches y el vehículo saltaba sobre ellos. Por los botes que daban, más parecía que fueran montados en un caballo encabritado que dentro de un vehículo que rodaba sobre cuatro ruedas.

—¿Qué haces? —preguntó Ashley al verse lanzado hacia adelante, casi golpeándose contra el cristal parabrisas.

—Parece que los frenos todavía funcionan.

—Maldita sea… ¿Es que quieres dejar el cristal salpicado con mis sesos?

—Oh, no, Ashley, solo que hay que parar este trasto y añadir agua al radiador o el motor se nos va a fundir, y todavía no hemos hecho ni la mitad del trabajo para que nos paguen el dinero y poder comprar un nuevo camión.

La madrugada quería dejar paso a la amanecida. El rocío humedecía los arbustos, las hojas de los árboles.

Morrison abrió la portezuela. Cogió un trapo sucio y con él quitó el tapón de latón que mal— cerraba el radiador. El vapor de agua salió con

fuerza y Morrison se echó atrás.

—Ashley, trae el embudo, hay que enfriar este trasto o no llegaremos nunca. Ya sabes cuáles son las instrucciones que nos dieron.

—Ya voy, ya voy —masculló Ashley, saltando del vehículo.

Levantó la lona que cerraba la parte posterior del pequeño camión. Encendió una linterna y pudo ver la gran caja de madera que transportaban. Tomó el embudo de hojalata, rodeó el camión y se acercó a Morrison.

—Ten el embudo. ¿Crees que nos quedará suficiente agua?

—Seguro —dijo—, y cuando encontremos un arroyo llenaremos la garrafa.

Los faros del vetusto camión seguían proyectando su luz a lo largo del infernal camino que se introducía en el bosque.

El vapor que escapaba del radiador hacía que el agua gorgoteara fuertemente y salpicara hacia afuera como si el radiador se negara a tragar el agua que Morrison se empeñaba en meterle.

—Toma otro traguito de ginebra —ofreció Morrison a su compañero.

Mientras el radiador quedaba lleno de agua, los dos hombres bebieron de la botella. Al volverse para mirar al frente del camino que debían seguir, entre sorprendido y asustado, Ashley inquirió:

—Morrison, ¿ves lo mismo que yo?

Al fondo del sendero, entre los árboles que unían sus copas tejiendo un techo de ramas y hojas, en forma algo difusa vieron la silueta de lo que parecía un murciélago gigantesco.

Estremeciéndose, Ashley gruñó:

—Creo, creo que hemos bebido demasiado…

—Eso, eso es una alucinación, ¿verdad?

—Los amaneceres en bosques húmedos y neblinosos gastan estas jugarretas.

La forma algo borrosa del enorme murciélago semejó moverse para alejarse y entonces se produjo una fuerte ventada que empujó a Ashley y a Morrison.

Los dos hombres, muy asustados, corrieron a encerrarse dentro de la cabina del camión.

—Es inútil decir que no volveré a beber —gruñó Morrison, poniendo el vehículo en marcha.

Avanzaron en la dirección en que habían visto la terrorífica aparición. No querían admitirlo, pero ambos se sentían atemorizados.

Llegó el alba, Las tinieblas dejaron paso a los tonos grises de La amanecida y el sol comenzó a emerger tímidamente por el Este, a la izquierda de Morrison y Ashley.

—Mira, Morrison, ahí está la casa que indica el mapa que nos dio míster Thompson.

—Pues, allá vamos. Tengo hambre, sí señor, y estoy cansado. Ese míster Thompson dijo que podíamos dormir aquí.

Tres perros bastardos de pointer salieron a recibirles ladrando furiosamente, pero el camión hacía más ruido que los tres canes juntos.

Una mujer alta, maciza y relativamente joven, salió a la puerta mientras se secaba las manos con el delantal. Observó a los recién llegados con cierto recelo.

—¡Eh, buena mujer! —gritó Morrison, sacando la cabeza por la ventanilla—. ¿Es esta la casa de Forenage?

La mujer asintió.

Morrison, satisfecho por no haberse equivocado, cerró el contacto del motor. Lo dejó silencioso pero sacando humo y saltó al suelo haciendo caso omiso de los perros, como si estos no existieran.

Los canes, intimidados por aquella actitud, se fueron a ladrar a Ashley que, por lo que pudiera pasar, prefirió seguir dentro de la cabina del camión.

—Venimos de muy lejos y necesitamos descansar. Un amigo nos indicó que aquí podríamos hacerlo.

—Esto no es una posada, pero si puedo ayudarles…

La campesina llamó a los perros y acomodó a los viajeros que, tras un desayuno abundante, ocuparon una habitación donde había dos catres.

—Oye, Ashley…

—¿Qué?

—¿Tú te crees eso de que su marido va a llegar de un momento a otro?

—¿Y a ti que más te da?

—Esa mujer está maciza y si el marido está suficientemente lejos, podría…

—Duérmete y olvídala.

—¿Qué me duerma? ¡Si es de día!

—Hazte la idea de que es de noche, llevamos treinta y tantas horas sin dormir.

—Bueno, pero primero iré a beber un trago de lo que sea, tengo mucha sed.

Ashley bostezó mientras Morrison salía del cuarto. Anduvo por la casa y como no encontraba a la mujer, decidió salir a buscarla.

Descubrió que puertas y ventanas tenían cruces y ristras de ajos y al observar una de las contraventanas, descubrió que el cerrojo tenía forma de cruz.

Sonrió y salió de la vivienda. Anduvo alrededor de ella hasta que, al oír cloquear a las gallinas, intuyó que la campesina andaría cerca de ellas, y así fue, estaba recogiendo los huevos de la puesta.

—Parece que son buenas estas gallinas, ¿eh? —comentó Morrison, por decir algo.

Le pareció que los ojos de la campesina, que pesaría tanto como él o quizás más, le sonreían.

—Tu hombre está lejos, ¿eh?

—¿Cuánto puedes pagar?

—¿Pagar, qué quieres venderme?

—Si pagas bien lo que andas buscando…

—Vaya, vaya, por lo menos espabilada sí eres.

—Aquí nos cuesta mucho ganar el dinero, estamos lejos de todas partes.

Ashley sonrió. Alargó su mano y le quitó la cesta para depositarla en algún lugar donde los huevos no pudieran romperse.

—Tienes mala cara, Morrison, parece que no has dormido bien —le observó Ashley mientras cenaban.

—Bueno, estoy algo cansado. —Bajó la voz para añadir—: ¿Sabes qué me ha contado la campesina?

—Pues no.

—Las ruinas hacia donde nos dirigimos, hace años eran la morada de un vampiro.

—¡Anda ya!

—¿No te has fijado en las contraventanas? Hay ajos secos y cruces por todas partes.

—No me digas que están esperando que aparezca el vampiro endemoniado del que hablan las leyendas…

—No, no. Dice que cuando aquí ya no quedaban ni perros, cuando ya habían muerto muchas personas, en especial mujeres jóvenes, las gentes de este lugar fueron al castillo, acabaron con el vampiro y quemaron el castillo.

—Será mejor que no trates de meterme el miedo en el cuerpo, tú ya sabes a lo que vamos. No me empieces ahora con leyendas de campesinos.

—Si no fuera por lo maciza y sana que está la campesina, yo también creería en ese vampiro del demonio. Recuerda lo que hemos visto en el bosque.

—Sólo ha sido una alucinación por culpa de las luces y la niebla. Esas circunstancias te pueden jugar malas pasadas.

—La que parece una vampira es ella. Me ha dejado exhausto.

—Je, je. Y tú que creías que ibas a abusar de ella…

—Y encima le he pagado.

—Te está bien por listo. Has ido a por lana y has salido trasquilado.

El pequeño camión continuó viaje por los infernales caminos, dando botes por el mal estado de los mismos, hasta que por la tarde, Ashley señaló a lo lejos.

—Ahí están las ruinas.

—Hum, la verdad es que impresionan —admitió Morrison que era quien conducía.

Las ruinas quedaban al Oeste y por tanto, el sol se pondría tras ellas, ofreciendo un duro contraluz. En épocas ya pasadas, aquel castillo debía haber sido importante a juzgar por su aspecto.

Ya muy cerca de las ruinas, estas aún resultaban más impresionantes que vistas a distancia. Un voraz incendio lo había destruido todo y los agentes atmosféricos habían continuado la labor de demolición.

—¿Lo ves, Ashley? Aquí no hay nadie, y tampoco a nadie se le ocurriría venir a vivir aquí.

—Cierto. Se puede derrumbar una pared sobre uno y quedar aplastado.

Se apearon del camión y se adentraron en las ruinas, pasando bajo el arco de lo que antaño fuera puerta monumental. Pudieron comprobar que todo estaba destruido, no quedaba nada que pudiera considerarse de valor.

—¡Cuidado!

Al grito de Morrison, Ashley saltó hacía la derecha, escapando así a un bloque de piedra que se desplomaba sobre él.

Asustado, Ashley miró el bloque de piedra y luego desvió su mirada hacia lo alto, donde quedaban restos de lo que en otros tiempos fuera el techo.

—¿Quién la ha tirado sobre mí?

—Nadie, no hay nadie, y no es nada extraño que te caiga una piedra encima si andas en medio de unas ruinas.

—Debió ser un incendio devastador —opinó Ashley mirando en derredor.

—Sí, no queda en pie nada que valga la pena. Fíjate allá arriba.

Ashley dio un salto hacia atrás.

—¡Murciélagos!

—Sí, los hay a cientos o a miles. Dentro de un rato, cuando caiga la noche, se pondrán a volar.

—Pues yo quiero largarme de aquí antes de verlos volar sobre mi cabeza.

—Los murciélagos no hacen nada, solo comen insectos.

Morrison sacó de su bolsillo un mapa que desplegó. En él podían verse las líneas maestras de la base del castillo y unas indicaciones en tinta roja.

—Vamos, Ashley, no perdamos tiempo, cuanto antes acabemos, mejor.

—¿No nos perderemos?

Morrison echó a andar, guiándose por el mapa. Tuvieron que apartar unas piedras para pasar por el hueco que antaño debía tener una puerta. Luego había unas escaleras descendentes.

—Parece que por aquí no ha pasado nadie en muchos años.

—Sí, está lleno de telarañas —gruñó Morrison abriéndose paso con una linterna de petróleo.

La escalera tenía los peldaños muy gastados y resbaladizos por la humedad. Daba vueltas y más vueltas y terminaba en una galería

subterránea por la que avanzaron.

—Cuidado, Morrison. Si nos perdemos, nadie va a sacarnos de aquí.

—Dos puertas a la derecha, otra a la izquierda y la que buscamos, está al final…

Donde debía estar la puerta que buscaban, hallaron un muro hecho con bloques de piedra.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ashley.

—No te desanimes tan pronto, hombre. Si el mapa dice que aquí está lo que venimos a buscar, aquí lo encontraremos. Ayúdame a derribar el muro.

Comenzaron a hacer saltar los bloques de piedra que tapiaban la puerta, iluminándose con la luz de petróleo.

La puerta, de plancha de acero con remaches, apareció tras el muro de piedra. Aquella puerta tenía un grueso cerrojo que se cerraba con un enorme candado.

—Tendremos que ir al camión a buscar el martillo y un escoplo —dijo Ashley.

—Primero probaremos con una piedra.

Utilizaron una de aquellas piedras de granito cincelado hasta que el cerrojo cedió y la puerta pudo ser abierta.

Morrison introdujo la lámpara para poder ver el interior de la estancia que estaban profanando.

—Mira, ahí está el féretro que venimos a buscar.

El ataúd, grande e impresionante, se hallaba sobre una base rectangular de piedra de un metro de altura.

—Esto es una cripta —dijo Ashley, nervioso.

—Sí, claro que es una cripta, y ahí está el ataúd que hemos de llevarnos.

—Por todos los demonios… Tú me dijiste que era una caja, una especie de arca lo que nos habíamos de llevar…

—Vamos, no gruñas tanto y adentro, los muertos son inofensivos.

—Espera… —Le agarró por el brazo antes de que traspasara el umbral de la cripta—. ¿Quién está dentro de ese ataúd?

—¿Y yo qué sé? Será algún antepasado de míster Thompson.

Morrison pasó al interior de la cripta y Ashley le siguió a regañadientes.

El féretro, que debía albergar a un ser de elevada estatura, no solo estaba cerrado con la llave normal, sino que tenía dos juegos de cadenas con candado cada uno de ellos que impedían que pudiera abrirse la tapa.

Y sobre esta, a la altura que debía corresponder al pecho del cadáver, emergía una cruz en vertical, una cruz cuya base estaba clavada en la tapa.

—Va a costar sacarlo de aquí —opinó Ashley.

—Mira, arriba hay una trampilla. Si la levantamos y ponemos el trípode que llevamos en el camión, con el polipasto y unas cuerdas lo elevaremos y

lo sacaremos por arriba, así será más fácil.

—¿Te has fijado en esa cruz, Morrison?

—Sí. Todas las cruces se ponen pegadas al ataúd, pero esa está clavada en la tapa como si fuera un puñal.

—Y parece buena, yo diría que es de plata.

—Puedes asegurarlo —admitió Morrison.

—¿Y tú crees que ese míster Thompson sabe que esa cruz está clavada en el ataúd?

—No lo sé. Ahora hay que pensar en sacarlo. Quédate aquí mientras yo voy afuera. Cuando te llame, contéstame para que pueda orientarme por tu voz.

—Yo no quiero quedarme solo aquí.

—No me dirás que tienes miedo de un cadáver que tiene más de un siglo.

Morrison no le hizo caso y salió.

Ashley, nervioso, se dispuso a esperar en soledad, iluminado por la lámpara. Empezó a sentir cada vez más frío hasta que acabó tiritando.

—Diablos, qué frío hace aquí… Claro, como que estoy en una cripta subterránea. ¿Por qué encadenarían ese ataúd?

Quitó el polvo con la mamo y pudo leer:

CONDE ALUCARD
NECO, ERGO SUM

—¡Ashley!

—¡Estoy aquí! —respondió.

—¡Apártate, voy a levantar la trampa!

La trampa fue izada mientras la noche caía rápidamente. Se desprendieron algunas piedras y Ashley tuvo la sensación de oír un lamento lejano y quejumbroso, un lamento que parecía salir de las seculares piedras de aquel castillo convertido en ruinas.

La cuerda del polipasto comenzó a descender. Ashley se apresuró a sujetar el ataúd con ella y desde arriba, Morrison empezó a subirlo.

Una hora más tarde, lo introducían en la caja que llevaban dentro del camión.

—Oye, con esta cruz clavada no se puede colocar la tapa de la caja —objetó Ashley.

—Pues, haremos un agujero en la tapa de la caja que hemos traído.

—Lo mejor es quitar la cruz, puede ser valiosa.

—¿Me estás proponiendo que la robemos?

—Es de plata maciza, mira, mira.

Ashley cogió la cruz y comenzó a halar de ella con fuerza.

—Ayúdame, parece que está muy clavada en el interior del ataúd.

Entre los dos hicieron fuerza hasta que la cruz salió por completo. Resultó más larga de lo que habían supuesto y terminaba en una afilada punta.

—Menuda cruz, más parece una espada —opinó Ashley.

—Debía atravesar el pecho del que está dentro, una forma un poco extraña de llevarse a la tumba las joyas de la familia.

—La venderemos, verás cómo nos dan buen dinero por ella. Tú, ni nombrársela a míster Thompson.

—¿Y si pregunta por el agujero de la tapa del ataúd?

—Pues, nada, que estaba así. —Colocó la tapa, ocultando el ataúd—. Vámonos.

El pequeño camión comenzó a alejarse dando tumbos, dejando atrás las siniestras ruinas ya iluminadas por la luna.

De lo que ni Morrison ni Ashley se percataron fue de que las cadenas que sujetaban el extravío ataúd se tensaban. Toda la caja chirrió, mezclándose aquellos ruidos con los que producía el destartalado camión.

Los candados, primero uno, luego el otro, saltaron…

CAPITULO II

—Pareces malhumorado, Derick.

Derick Adamstain sacó su pitillera de oro. Extrajo un cigarrillo y le prendió fuego con un encendedor también de oro. Bastaba observar su rostro para percatarse de que algo le preocupaba y mucho.

Tras expulsar una bocanada de humo, se volvió hacia Nathaly.

—El abuelo repartió mal la herencia.

—No puedes quejarte, tú heredaste la mansión de los Adamstain.

—Es que mi padre era el primogénito.

—Mi madre apenas heredó una pensión vitalicia —recordó la joven y hermosa Nathaly.

—Es que tu madre solo era sobrina segunda del abuelo. Tu padre, que murió con gran honor en la India y con el grado de coronel, os dejó otra pensión. Podéis vivir bien y gracias a que el parentesco es lejano entre tú y yo, podemos casarnos.

—Por favor, no hables de eso ahora y cuéntame lo que te sucede. ¿La causa es Murphy otra vez?

—Murphy heredó el pabellón de caza.

—Sí, una preciosidad de casa, construida en pleno bosque, pero no es ni la mitad que esta tuya.

—El pabellón de caza jamás debió ser desgajado de la mansión Adamstain.

—Murphy también es un Adamstain.

—Sí y no, su padre no era el Adamstain sino su madre; pero, no es eso lo que me preocupa.

—¿Qué, entonces?

—El pabellón de caza está levantado en los bosques que siempre han sido de los Adamstain y ahora, parte de esos bosques pertenecen legalmente a quién sea propietario del pabellón de caza.

—¿Tan importante es para ti ese pabellón? —le preguntó, acercándose más a él.

Derick no era excesivamente alto pero sí bastante fuerte y vestía siempre con elegancia. Era estricto en todo y se imponía la etiqueta siempre que podía.

—Cuando el primo Murphy regresa de sus viajes suele instalarse en el pabellón, pero ahora es distinto.

—¿Por qué?

Derick miró a su prima y a la vez prometida, delicada, rubia, vestida a

la moda de aquellos años veinte, locos por el ansia de vivir que todas las gentes tenían después de dejar atrás la horrorosa guerra mundial.

—Me han contado que Murphy ha tenido la osadía de alquilar el pabellón de caza.

—¿Alquilar, y a quién?

—No lo sé bien, creo que lo ha alquilado a un misántropo de las letras o algo por el estilo, a uno de esos sujetos que se encierran para devorar libros y que no hablan con nadie. Si Murphy necesitaba dinero, yo se lo podía haber prestado.

—Lo que tú deseas es comprarle el pabellón de caza.

Dio una chupada al cigarrillo y se volvió para caminar unos pasos, alejándose de Nathaly. Se detuvo y replicó:

—No lo niego, esa es mi intención. Quiero comprarle el pabellón de caza al primo Murphy y he dicho comprar, no arrebatar. Podríamos entrar en negociaciones, lo malo es que siempre que nos encontramos, acabamos discutiendo.

—Sí, las herencias siempre traen discusiones —admitió la joven. Después de una pausa, añadió:

—Ya sabes que Murphy es muy atento conmigo. Si deseas que le hable…

—No me gusta la idea, pero admito que no es mala. Murphy deseaba casarse contigo.

—Sí, pero ya sabe que eso no es posible.

—Y no te perdona que te cases con su primo, el verdadero heredero Adamstain.

—No me gusta que hables así.

—Yo no quiero herir susceptibilidades, pero las cosas son así. Murphy ha tratado de ponerte en contra mía porque soy viudo y tengo una hija.

—Te ruego que no insistas sobre el tema, todo está hablado ya.

—Todo, no. Tengo una hija, cierto, pero si al casarnos me das un hijo varón, él será el heredero de los Adamstain.

—Y si tengo una hija, será la segunda en la herencia.

—Prefiero un hijo, un hombre es lo mejor para perpetuar la dinastía.

—Las mujeres contamos poco —objetó, molesta.

Derick, evitando tocar a Nathaly con su cigarrillo, la cogió por los hombros con las dos manos.

—Yo no he hecho esta sociedad que es así. Para mí eres lo más importante del mundo.

—Pues a veces pienso que lo más importante para ti es Adamstain y lo que este nombre significa.

—Adamstain, esta mansión y todo lo que implica, se creó hace muchas generaciones y mi obligación es que perdure. He de entregar las propiedades y el poder de los Adamstain a mi heredero, no solo como me

lo legaron a mí, sino aumentado si es posible, y tú me darás ese hijo.

—Eso será si Dios lo quiere.

—Dios querrá, no te quepa duda. Entre tú y yo todo irá bien, no habrá tormentas en nuestro matrimonio. Sé que se me acusa de tenerlas en mi primer matrimonio, pero yo era muy joven y Rose tenía un carácter muy fuerte.

—No te he pedido explicaciones. Sabes que rechacé a Murphy y te acepté a ti.

—Murphy te diría cosas muy desagradables al comunicarle tu decisión, ¿no?

—Pues no, se comportó como un caballero, pero sé que le hice mucho daño.

—¿Y crees que podrás hablarle para que se avenga a venderme el pabellón de caza? Seguro que llegaríamos a un acuerdo en el precio y así el pabellón de caza y el bosque volverían a pertenecer a los Adamstain. Después de todo, él es antes un Thompson que un Adamstain por el orden de sus apellidos. Además, debe ir escaso de dinero, solo hace que gastar y no sabe enriquecerse, por eso habrá alquilado el pabellón a ese desconocido. Puede irle muy bien el dinero que yo le dé.

—Trataré de hacerme la encontradiza con él, pero no te aseguro nada.

—Estoy seguro de que tú mediarás oportunamente en este asunto que es muy delicado. Murphy siempre me ha envidiado.

—No me gusta que digas eso.

—Está bien, perdóname. Me ha molestado mucho saber que ha alquilado el pabellón.

—¡Papá, papá!

—¡Hola, mi pequeña Cynthia!

La niña se volvió hacia la joven y bella mujer.

—Hola, tía Nathaly.

—Cynthia, no la llames así, ella será…

—Por favor, Derick —le atajó la propia Nathaly—. Deja que la niña me llame como quiera, yo deseo que sea así porque hemos de ser grandes amigas. ¿Verdad, Cynthia?

—Sí, tía Nathaly, pero dile a mi papá que quiero montar en el poney.

—Mañana —le dijo el padre.

—¿Y por qué no hoy?

—Porque tu poney blanco ha estado enfermo y debe reponerse.

—Si tu papá lo dice, será mañana —dijo Nathaly tratando de ser cariñosa, lo que no le costaba ningún esfuerzo porque ese era su carácter natural.

—Papá, ¿tú cabalgarás conmigo?

—Pues, lo siento, pero mañana no podrá ser, he de asistir a un consejo de administración, pero seguro que Nathaly podrá cabalgar junto a ti por

el bosque, y habréis de tener mucho cuidado para no perderos.

—Tía Nathaly conoce bien el bosque, ¿verdad?

—Algo —admitió la joven con una sonrisa.

—Está bien, mañana saldremos a cabalgar. No lo olvides, tía Nathaly. —Se volvió hacia su padre y le preguntó—: ¿Podré darle caramelos a “White”?

—A los caballos no se les deben dar caramelos, hija.

—Pues yo vi un día como le dabas azúcar a tu caballo.

—Si lo hice, fue una ligereza por mi parte. Quizás deseaba premiar al caballo.

—Pues yo también premiaré a mi poney si se porta bien.

Antes de que nadie pudiera objetarle nada, la niña se alejó corriendo y saltando.

—Cuando nos hayamos casado, la obligaré a llamarte mamá.

—No la obligues a nada, Derick, que ella haga lo que prefiera. Por cierto, ¿y si le dijera a Murphy que está invitado a una cena? Dentro de unos días, Cynthia cumplirá seis años.

—¿No será excesivo?

—Si deseas negociar con él, te conviene ser amable. En lo que lleva de sangre de los Adamstain también es muy testarudo.

Vaciló, pensativo.

—Haz lo que tú creas mejor. En estos asuntos, las mujeres tenéis más delicadeza. Después de todo, no es un simple negocio, sino un asunto de familia.

La joven sonrió. Había momentos en que, pese a decirse que amaba al joven y elegante viudo, sentía como sobresaltos al descubrir en él reacciones insospechadas que le convertían casi en un extraño.

Aquella tarde, el mozo de las caballerizas le ensilló a una magnífica yegua alazana de patas largas y galopada veloz.

Nathaly se puso el traje de amazona y fue en busca de su montura, evitando que la viera la pequeña Cynthia.

La mirada del palafrenero le dio a entender mejor que el más bruñido de los espejos que estaba muy hermosa y deseable.

Subió a la montura con elasticidad y ligereza. Demostrando ser una experta amazona, partió al galope.

Conocía bien el camino que conducía al pabellón de caza y que distaba algo más de diez millas de la mansión Adamstain.

Sintió el aire frío azotando su rostro y pasó a la yegua del galope al trote para no cansarla excesivamente una vez hubo perdido de vista la mansión.

El pabellón de caza ejercía una extraño influjo y atracción sobre la muchacha, quizás por las muchas historias que había oído contar sobre él.

Todos los Adamstain habían llevado allí a sus amantes, se habían

escondido en tiempos difíciles y se decía que en el pabellón también se había derramado sangre.

Si Derick lograba comprárselo a su primo y recuperarlo para los Adamstain, como él gustaba de decir, en el futuro también llevaría allí a sus amantes.

Para llegar al pabellón había varios caminos y veredas, pero el camino principal permitía el paso de carruajes cinchos, automóviles e incluso pequeños camiones de transporte.

Nathaly escogió el camino principal que discurría en gran parte junto al río. En algunas épocas del año, debido a las crecidas del propio río, se embarraba y resultaba intransitable.

Las aguas del riachuelo discurrían mansas y oscuras en su centro, haciéndose verdosas en los remansos. Al decir de muchos, aquellas aguas se deslizaban tan lentamente que semejaban las aguas encharcadas de un pantano.

Sólo había un lugar del río donde la joven se había bañado; era un remanso amplio donde las siguas eran más profundas e impenetrables, pero, al mismo tiempo, más limpias.

Un tupido manto de alta hierba lo cubría todo ahogando el ruido de los cascos de la yegua.

Nathaly sintió la soledad en su entorno, la notó como si esa soledad fuera algo sólido y tangible.

El gorjeo, los trinos de los pájaros, habían llenado sus oídos, pero no tardó en percatarse de que disminuían y al divisar el pabellón de caza elevándose entre los árboles, solo pudo escuchar el graznido de una bandada de negros cuervos que pasó volando por encima de ella.

Detuvo la yegua a cierta distancia. El pabellón de caza tenía dos plantas y estaba construido con piedra de granito oscura, con dinteles y perfiles de gruesas vigas de madera de ciprés.

El tejado era de pizarra y toda la construcción transpiraba solidez. Era una amalgama mitad cabaña de bosque, mitad mansión de correcto estilo bávaro. Era muy posible que el arquitecto hubiera sido alemán.

Las contraventanas estaban cerradas y las ventanas del piso alto, cubiertas con espesos cortinajes. Nada dejaba ver que hubiese alguien dentro del pabellón y el silencio que rodeaba la casa se imponía. Ahora que los cuervos se habían callado, nada se oía aparte de la fuerte respiración de la yegua.

Murphy no andaba por allí, estaba segura, Murphy se hacía notar, tenía un carácter muy distinto que Derick.

Nathaly recordaba siempre el pabellón de caza con alegría, con muchos caballos y abundancia de ladridos de perros ansiosos por salir en busca del zorro o del jabalí, aunque en aquel bosque, podían llegarse a encontrar hasta osos.

Siempre se había reunido mucha gente en el pabellón, no en vano tenía casi dos docenas de habitaciones y un amplísimo salón donde se reunían para hablar de la caza, o para saborear el jabalí o algún venado cazado.

Una gran chimenea permitía asar un venado entero, ensartado en una barra que un criado hacía girar lentamente.

Nada de aquel ambiente de fiesta se respiraba en aquellos momentos. El silencio era denso, lúgubre. El pabellón parecía rezumar hostilidad.

Nathaly se había acercado hasta el pabellón por si descubría al primo Murphy, pero era obvio que allí no estaba.

—Vamos, vamos —pidió a la yegua.

El animal relinchó muy inquieto, lo cual sorprendió a la joven, pues la yegua era muy tranquila de su natural.

—¡Vamos, adelante!

La yegua hizo intención de retroceder como si tuviera miedo de aproximarse a la casa.

—Pero, ¿qué te pasa? Vamos, vamos.

El animal avanzó de costado, manteniendo la distancia con el pabellón.

El comportamiento de su montura intrigó a la joven que frunció el ceño. Quedó frente al amplio atrio. La puerta de entrada estaba cerrada, todo el pabellón de caza estaba cerrado. No obstante, la muchacha quiso cerciorarse, pero la yegua, muy inquieta, dando algunos relinchos, siguió negándose a avanzar.

—Está bien, iré sola —dijo, apeándose de la montura.

Apenas hubo puesto el pie en el suelo, la yegua escapó al galope. Nathaly le gritó para que se detuviera, pero sus gritos se disolvieron en el silencio del bosque.

—¡Maldita tonta! —se quejó entre dientes, imaginando que lo que haría la yegua sería galopar hasta la mansión Adamstain y si así ocurría, ella tendría que hacer las más de diez millas a pie si nadie acudía a socorrerla.

Suspiró resignada, con la esperanza de que la yegua se detuviera no lejos de allí para abrevar en el río o pastar en la abundante hierba.

Subió al atrio y se enfrentó a la puerta del pabellón.

Tuvo la impresión de que hacía más frío, mucho más frío. Se estremeció y, por unos momentos, sus dientes castañetearon.

Llamó al picaporte. La única respuesta que obtuvo fue un quejumbroso susurro que debía tener su origen dentro de la casa. Instintivamente, como impulsada por un miedo irracional, ya que nada había a la vista que pudiera causarle temor, Nathaly retrocedió apartándose de la puerta hasta descender del atrio.

La sensación de soledad y desamparo aumentó.

Poco antes, solo tocar la piel de la yegua la hacía sentirse acompañada. Ahora, no había nada, nada adonde agarrarse, nada que le brindara calor o ayuda en la huida que sentía la imperiosa necesidad de emprender.

Nathaly echó a andar, con miedo de dar la espalda al pabellón de caza.

Se alejó con paso rápido con la sensación más que inquietante de que unos ojos, unos ojos que no podía ver, estaban clavados en ella.

CAPITULO III

Nathaly estaba muy fatigada. No se había vestido para caminar sino para cabalgar. Los tacones de las botas eran demasiado altos para hacer millas por un mal camino de bosque.

La yegua no aparecía por parte alguna. La joven no comprendía el por qué de aquel miedo que se había desatado en el animal hasta el punto de obligarle a escapar como lo había hecho.

Y lo cierto es que Nathaly también había sentido aquel miedo que creía irracional al hallarse frente al pabellón de caza.

Se sentó a descansar. Miró el cielo y temió que la noche cayera sobre ella antes de que pudiera llegar a la mansión Adamstain.

Siempre había creído que ella no tenía miedo a la soledad, al bosque sin compañía de otras gentes, a la noche, pero en aquellos momentos sí tenía miedo.

Un ruido cada vez más próximo la inquietó primero y luego despertó sus esperanzas.

Era un automóvil que se acercaba por el camino dando tumbos.

Nathaly ignoraba de dónde podía salir aquel descapotable gris con la capota negra puesta, y no se cuestionó que dentro pudieran viajar tipos peligrosos. Ella era una mujer joven y hermosa, sola en el bosque. ¿Qué podía hacer, esconderse?

El coche se detuvo a su altura. Un hombre joven, de mandíbula fuerte, sonrisa irónica y pícaros ojos azules que parecían traspasar las ropas de las mujeres, se encaró con ella.

—Hola, guapa, pareces muy cansada.

—Lo estoy —admitió Nathaly—. He perdido el caballo y me dirijo a la mansión de los Adamstain. ¿Usted sabe dónde es?

—Claro que sí. Anda, sube —invitó, tuteándola con un descaro al que Nathaly no estaba acostumbrada.

Le tuvo cierto miedo, aparte de pensar que era muy atractivo, pero entre quedarse sola en el bosque esperando que llegara la noche o montar en el coche a su lado, optó por esto último.

Tras examinarle de reojo y comprobar que él no parecía tener intenciones de abusar de ella, Nathaly preguntó:

—¿Usted conoce a los Adamstain?

—Pues sí, les conozco —sonrió, algo irónico.

—Tengo la impresión de haberle visto antes, quizás en alguna fiesta de los Adamstain.

—Es probable —admitió. Siempre sonriéndose, como quien sabe más de lo que su interlocutor supone, preguntó—: Tú eres la prima Nathaly, ¿verdad?

Ella le miró asombrada mientras el coche rodaba por el maldito camino, ya con los faros encendidos.

—¿Me conoce?

—Hace tiempo que no te veía. Te recuerdo en una fiesta, con un sombrerito muy cursi lleno de margaritas y un vestido largo, escurrido, que no delataba las formas que ibas a tener en el futuro, es decir, ahora.

—Dios mío… Eso debió ser hace cinco años, en la fiesta del primer cumpleaños de Cynthia…

—Sí, la hija de Derick.

—Es evidente que conoce a toda la familia, aunque parece que ha pasado algún tiempo lejos de aquí.

—Así es. Para tu tranquilidad, ahora me dirigía a la mansión Adamstain para saludar a Derick. Por cierto, ¿y Murphy?

—¿Murphy? Pues, precisamente lo andaba buscando.

—¿Por el bosque?

Se sonrojó pensando que aquel hombre podía su poner que ella era la amante de Murphy.

—El pabellón de caza es de Murphy, lo heredó él y Derick me ha pedido que lo busque. Bueno, cosas de familia, creo que estoy hablando demasiado y lo cierto es que todavía no sé su nombre.

—John, aunque los Adamstain solían llamarme Johnny.

Aquel nombre dijo tan poco a Nathaly que era lo mismo que ignorarlo, pero ya no había tiempo para más preguntas, la mansión aparecía ante sus ojos.

El coche gris cruzó la verja abierta. Recorrió las quinientas yardas de jardín, todo hierba bien recortada por los jardineros, y se detuvo frente a la impresionante entrada de la secular residencia.

John tocó el claxon casi con alegría.

Se abrió la puerta, se encendieron luces y además de Simón, el mayordomo, salió Derick.

Nathaly se apeó del coche. Derick fue hacia ella y con gesto muy preocupado, inquirió:

—¿Qué te ha sucedido?

—La yegua se asustó, todavía no sé de qué, y me dejó sola en el bosque.

—Me han comunicado la llegada de tu yegua al establo y estábamos preparando una partida de rastreo, la policía ya está avisada.

—Pues, ya ves, he llegado. Venía andando, pero John me ha recogido.

—¿John?

Derick miró hacia el coche gris justo cuando su propietario se apeaba de él y saludaba levantando la diestra.

—Hola, Derick, cuánto tiempo sin vernos.

Al reconocerle, Derick palideció.

—Johnny —gruñó.

—He oído que has avisado a la policía, ya puedes decirles que la prima Nathaly ha sido encontrada y que no es preciso que vengan. Voy a guardar mi coche en el garaje y luego nos vemos.

—Johnny, será mejor que prosigas tu camino —le dijo Derick.

—Vamos, vamos, he venido directamente hasta aquí para verte y charlar contigo. Dile a Simón que me prepare un *whisky*, cuando deje el coche me lo tomaré en la biblioteca.

John no esperó a que Derick dijera nada más. Volvió a poner el coche en marcha, lo hizo girar espectacularmente y rodó hacia el garaje de la gran mansión.

—¿Quién es John?

—Es el hijo de la institutriz que yo tuve. Anduvo por aquí un tiempo, fue cuando tú estabas en Francia con tu madre.

—¿El hijo de tu institutriz?

—Sí, pero no tiene importancia, su estancia en Adamstain será muy breve. Lo que importa es que a ti no te haya ocurrido nada. ¿Viste a Murphy?

—No.

—Maldita sea, todo se complica. Creo que el extraño ya se ha instalado en el pabellón de caza.

—Pues, no lo parece, estaba todo muy cerrado.

—Si pudiera conseguir que Murphy me vendiera el pabellón, exigiría al extraño que se fuera y todo volvería a ser como antes. Los Adamstain no pueden haber caído tan bajo como para tener que alquilar ese pabellón en el que hay mucha de la historia de nuestra familia.

—Hola, ¿esperándome? Lo agradezco —dijo John algo burlón, acercándoseles después de guardar el coche.

—John, te lo diré bien claro: Tu presencia en Adamstain no es grata.

Nathaly medió:

—Derick, me ha rescatado en el bosque.

—Por eso tendré la cortesía de darle albergue por esta noche, pero mañana se irá. ¿No es cierto, John?

—Mejor no me preguntes hoy lo que haré mañana. ¿Conserváis a Hortensie como cocinera? Si es así, seguro que comeré muy bien.

—Un momento, John… Puede que tú no sepas lo que harás mañana, pero Nathaly debe saber que te pasaste tres años en presidio.

Nathaly le miró asombrada. John no se mostró afectado ni molesto.

—Sí, tres años por matar a un tipo accidentalmente… Y ahora, Derick, ¿tienes algo más que contarle a la deliciosa prima Nathaly?

—No te consiento que la llames así.

—Tranquilo, Derick, tranquilo, tú has de consentir muchas cosas todavía. Ya os he dicho que tengo hambre.

Se internó en la casa, dejando a Nathaly y a Derick en la puerta.

—Ese John es un delincuente —masculló—. La familia lo protegió cuanto pudo por ser el hijo de Eva. Al principio, la familia tomó sus pequeños delitos como las travesuras del hijo inadaptado de una empleada, pero luego se metió en más líos hasta que dio con sus huesos en la cárcel. No me extrañaría nada que la policía le andara buscando.

—Parece que no le tienes mucha simpatía.

—No me gustan los hombres como John ni como Murphy. Pero, entremos, ya me encargaré yo de que se vaya. Se le debían algunas consideraciones a la que fue mi institutriz, pero este asunto ha de terminar. Si no se va mañana, llamaré a la policía y ellos se lo llevarán.

—Te ruego que seas un poco paciente con él, puede haberse recuperado.

—¡Hija, hija! ¿Estás bien?

Nathaly se dejó llevar por su madre al interior de la mansión.

Simón, el mayordomo, se acercó a Derick.

—Señor, el señor Murphy está al teléfono.

—¿Murphy?

—Sí, señor, el primo de usted, el señor Murphy Thompson —dijo, concretando más ante la perplejidad que reflejaba el rostro de Derick.

Derick entró en su despacho y descolgó el teléfono.

—¿Sí?

—Hola, Derick. Supongo que estáis todos bien. Has tardado mucho en ponerte al teléfono y me va a costar una pequeña fortuna. Te estoy llamando desde Londres.

—Tú has llamado, Murphy. ¿Qué es lo que deseas?

—Pues, me gustaría asistir a la fiesta del cumpleaños de la pequeña Cynthia. Es dentro de dos días, ¿verdad?

—Pues sí. Es extraño que te acuerdes de esa fecha.

—No es tan extraño. Me acuerdo muy bien de todo cuanto se refiere a mí sobrina preferida.

—Si es así… Precisamente quería invitarte a la fiesta que daré en honor de mi hija.

—Muchas gracias, me sorprende tu amabilidad. Quizás es que te propones algo que ahora no te atreves a decir. De todos modos, haré lo imposible por asistir a la fiesta, me pondré en viaje hoy mismo.

—Será un honor recibir al hijo pródigo.

—¿Yo el hijo pródigo? —Se echó a reír—. Creo que John es peor que yo, ¿no crees?

—¿John?

—Sí, sé que anda por ahí, ha sido él quien ha descolgado el teléfono y

ha hablado conmigo. Me ha contado un par de chistes muy buenos, ese muchacho siempre ha sido muy simpático.

—Murphy, respecto al pabellón de caza, yo…

—Se me acaba el tiempo, ya charlaremos más cómodamente cuando llegue a la mansión de los Adamstain.

Derick hubiera deseado preguntar más, pero Murphy ya había colgado.

Derick salió de su despacho. Al toparse con el mayordomo, le preguntó:

—¿Cómo ha sido que John ha hablado con mi primo Murphy?

—Lo siento, señor, ha descolgado el teléfono cuando acababa de sonar. Ya sabe que el señor John se mueve por la casa como si fuera suya y sin órdenes del señor, yo no me atrevo a…

—Está bien, pero procura estar más atento al teléfono y ten cuidado con John, puede llevar pistola encima y si ya disparó una vez, podría repetirlo.

—¿Cree el señor que John es peligroso?

—¿Qué sucede, Derick, habláis de mí? —Se encaró con el mayordomo para pedirle—: Déjanos solos, Simón.

El mayordomo miró interrogante a su patrón. Este, torciendo el gesto, asintió con la cabeza. El mayordomo se alejó.

—¿No me ofreces un *whisky*, Derick, o acaso tengo que servírmelo yo mismo?

—¿Qué pretendes, John, chantajearme? Te advierto que no lo vas a conseguir.

—He pasado más de tres años en la cárcel y no supondrás que eso es agradable.

—Tú te lo buscaste —dijo, yendo hacia una estantería que al abrirla dejó al descubierto unos vasos y una botella de *whisky*, tan rebuscadamente tallada que más semejaba una piedra preciosa que una botella.

—¿No te has preguntado por qué he venido a través del bosque con el coche y he encontrado a la prima Nathaly? —inquirió, tomando uno de los vasos de *whisky*.

Cualquiera que hubiese observado las manos de los dos hombres, sujetando los respectivos vasos, se habría percatado de que Derick estaba más nervioso que John.

—¿Tiene que importarme eso?

—Podría venir la policía tras mi rastro. Dime, ¿te gustaría que la policía rodeara la casa?

—¿Qué estás diciendo?

—Habría un escándalo si luego aparecía en las primeras páginas de los periódicos. Pero, no temas, suelo despistar bien a los que me persiguen.

—Terminarás en la horca, John —sentenció.

—Puede —admitió, y bebió un largo sorbo de licor.

—¿Qué has hecho esta vez?

—¿Qué importa? Pasaré aquí quince días de tranquilidad y luego, me iré. Por cierto, que un poco de dinero no me vendría mal.

—De ese tema no hay nada que hablar. Sigue tu camino y olvídate de que existimos los Adamstain.

—Eso será difícil, porque aquí me siento como en mi casa. —Rio, sarcástico—. Hay que admitir que la prima Nathaly es espléndida.

—Olvídala, no ensucies su nombre en tu boca.

—¿Por qué tanto interés por ella?

—Vamos a casarnos.

—Vaya, vaya, el viudo se casa con su joven primita. ¿Y no te has detenido a pensar que casi le doblas la edad?

—Eso no tiene importancia. Además, este asunto no te incumbe.

—No, claro que no. Ahora, en absoluta confidencia y para tu tranquilidad… —bajó el tono— no me persigue la policía.

Derick suspiró levemente.

—¿Ha sido una broma?

—Bueno, no exactamente. Me persiguen unos tipos que conocí en la cárcel. Creen que tengo un dinero que les pertenece y son algo duros de testa.

—Eso te pasa por ser también un delincuente.

—¿Sabes una cosa, Derick? —Antes de que el aludido pudiera objetar algo, John silabeó—: Siento el imperioso deseo de partirte la boca de un puñetazo, pero como voy a pasar unos días aquí, lo dejaré para mejor ocasión. No insistas en tu orgullo y en esa arrogancia ridícula. Tú eres un miserable como los demás. Yo tengo poco que perder, así que ten cuidado. —Dejó el vaso sobre la mesa—. Observo que sigues gastando buen *whisky*.

Le dio la espalda, dejándolo solo en el despacho.

CAPITULO IV

Morrison contó el dinero que acababa de entregarle Murphy Thompson a la débil luz de la bombilla que iluminaba aquel rincón de la taberna.

Los dos hombres, frente a sendas jarras de cerveza oscura, trataban de pasar desapercibidos para que quienes les vieran, en otra ocasión no pudieran reconocerlos con facilidad.

Cuellos levantados, sombreros, bufandas, gestos esquivos, todo contribuía a que no se les pudiera ver bien.

—Tendrás otra cantidad igual cuando hagas lo que te he pedido —dijo Murphy con voz ronca.

—Este asunto no me gusta nada desde que murió Ashley.

—A cualquiera puede darle un ataque al corazón en el momento más inesperado.

—Yo creo que no fue un ataque al corazón. Estaba tan pálido… Nunca había visto un muerto como él.

—De todos modos, hiciste bien arrojando su cadáver al río.

—Ashley siempre fue un buen amigo.

—Pero ahora te quedas tú con todo el dinero, tendrás un nuevo camión como querías.

—De todos modos, no podré quitármelo nunca de la cabeza, tenía que haber visto su cara, y el caso es que yo no quiero saber nada con la justicia y denunciar un muerto siempre trae problemas.

—Cuando termines este asunto, te irás lejos y lo olvidarás todo.

—Espero que no encuentren a Ashley varado en cualquier parte, claro que no le dejé nada en los bolsillos que sirviera para identificarle.

Morrison bebió de su jarra de cerveza. Tratando de escrutar las pupilas de Murphy, le preguntó:

—¿Qué se propone con todo esto?

—Gastar una broma, solo eso, una broma. Ya habrás visto que no hay nada que pueda causar daño a nadie.

—Sí, eso parece —admitió, algo inseguro—. ¿Y cree que esos Adamstain se asustarán con todo lo que estoy haciendo?

—Es posible. Ahora, vamos, tienes que entregarme la daga de la cruz.

—De acuerdo, de acuerdo, pero ¿está seguro de que le pertenece a usted?

—Morrison, las bromas las gasto yo y no tú. Si no me das la daga, te veo en la cárcel por muchos años.

—No se ponga así. Después de todo, para mí solo es plata, aunque es posible que para usted tenga otro significado.

—No debisteis sacarla de donde estaba.

—¿Era parte de su broma dejarla en su sitio?

—Sí.
—Es una broma que no acabo de entender, señor Thompson. Yo abrí la caja y luego el ataúd porque fue fácil, asombrosamente fácil, se habían roto las cadenas y los candados, supongo que por la corrosión del tiempo. Dentro del ataúd no había nada, y yo hubiera jurado que cuando lo sacamos de las ruinas del castillo, sí lo había por lo mucho que pesaba.
—Creo que has bebido demasiado. Ahora, vamos a buscar esa daga-cruz y luego, tú te vas a terminar lo que falta. Mañana por la noche me encontrarás aquí de nuevo y te pagaré lo pactado. Tú te irás y yo me reiré.
—¿Qué espera que ocurra, que se mueran de miedo al ver el ataúd en ese pabellón aislado en el bosque?
—Haces demasiadas preguntas, Morrison.
Dejó unas monedas sobre la rayada mesa de madera y se levantó, obligando a Morrison a que le siguiera fuera de la taberna.
El viejo camión se hallaba estacionado junto a la entrada de una callejuela empedrada y húmeda donde se acumulaban los desperdicios.
Morrison abrió la portezuela. Buscó debajo del asiento y sacó un trapo sucio y raído que algún día pudo ser parte de un saco de harina.
—Aquí está —dijo, sosteniéndola con una cierta resistencia a entregarla.
—Hubiera sido mejor no tocar esta daga-cruz de donde estaba, pero como el mal ya está hecho —suspiró Murphy, cogiendo el objeto de las manos de Morrison.
—Si no hacía nada allí clavada en el ataúd…
—Sí, claro, no hacía nada, pero para que la broma que preparo sea completa, la daga-cruz debía estar en su sitio.
—Puedo volver a clavarla en el ataúd tal como la encontré.
—Tú haz lo que te he ordenado y ya me ocuparé yo de esos detalles.
—Oiga… ¿Cuánto puede valer esa daga de plata?
—Mucho menos de lo que yo voy a pagarte por ella.
—Una vez, un amigo mío robó unos candelabros de plata maciza y se los pagaron muy bien.
—Los candelabros son más fáciles de revender. ¿Quién iba a comprar esta daga-cruz?
—No lo sé, pero siempre hay tipos raros que compran cosas también raras.
—Será mejor que hagas lo que te he ordenado y luego desaparezcas con el dinero que te pague, salvo que quieras terminar en el río como tu amigo.
Morrison vio en los ojos de Murphy Thompson un brillo enfermizo que no le gustó y que le hizo pensar que debía mantenerse lejos de aquel hombre.

CAPÍTULO V

La mansión de los Adamstain tenía demasiadas habitaciones, demasiadas dependencias para poder considerarla cómoda y confortable.

Al construirla se había pensado en edificar un palacete. Luego, con el tiempo, según necesidades o caprichos, le habían ido añadiendo nuevos volúmenes, nuevas dependencias, alas con tantas habitaciones que podía recibir un buen número de invitados sin problemas.

Nathaly no deseaba vivir en aquella mansión una vez casada con Derick. Le pediría que edificase una nueva casa más pequeña en la ciudad, cerca de algún frondoso parque, aunque sabía que Derick no solo se identificaba con el apellido Adamstain y todo lo que este significaba, sino también con la propia mansión, y eso la preocupaba.

Hacía frío. Unos leños ardían en la chimenea de la habitación orientada al este, hacia donde el sol debía asomar cuando terminara la noche para dar comienzo a un nuevo día.

La joven solía leer algún libro para así dormirse mejor después, pero aquella noche, pese a ser ya de madrugada, no lograba conciliar el sueño ni abstraerse en la lectura.

Había pasado miedo frente al pabellón de caza y luego en el bosque. Aquel miedo se le había metido en el cuerpo como en ocasiones se introducía el frío, pero a este último se le podía alejar con un buen plato de sopa caliente o un consomé con un chorro largo de buen jerez, o acercándose a la chimenea encendida.

El miedo era distinto. Se instalaba en el tuétano de los huesos, en los entresijos del tejido cerebral y costaba alejarlo, porque cuando se creía haberlo expulsado, reaparecía.

Bastaba un ruido inesperado o inexplicable para que el miedo regresara.

La aparición de John (al que debía haber visto años atrás, aunque no lo recordaba) también la había turbado.

Su madre le había recomendado que se apartara de él porque era un cínico peligroso; sin embargo, Nathaly se había sentido atraída por John de forma muy particular, y con tales sensaciones que no había comparación de cómo la atraía Derick. Los dos hombres eran

completamente distintos.

La luz que brotaba de la bombilla de la lámpara que tenía en la mesita de noche vaciló ostensiblemente, como si el voltaje de la corriente sufriera fuertes variaciones.

Un sexto sentido la obligó a mirar hacia la ventana con cierto nerviosismo. Pese a la cortina, hubiera jurado que dos ojos extraños, malignos, la observaban desde el exterior, dos ojos que más que ver, intuía y que no eran ojos humanos.

Todo el conjunto de la ventana vibró como si un viento huracanado tratara de abrirla o arrancarla de sus quicios.

Instintivamente, la mujer se echó hacia atrás al tiempo que se cubría con el embozo de la sábana, como si con él pudiera protegerse de un ataque.

Sin que hubiera llegado a abrirse la gran ventana, el fuego de la chimenea vaciló como azotado por una ráfaga de viento frío.

La electricidad se cortó y la alcoba quedó solo iluminada por las llamas oscilantes de la chimenea.

La ventana seguía azotada por una fuerza extraña que trataba de irrumpir en el cuarto. Tuvo pánico de que la ventana cediera y entrara aquello que había en el exterior.

Acudió a su mente la imagen del pabellón de caza y fue como si en aquellos momentos lo estuviera viendo con sus propios ojos. Sintió la misma clase de miedo que por la tarde y deseó huir como hiciera su yegua.

Saltó de la cama.

Las puntas de sus pies buscaron las zapatillas mientras se protegía con una bata larga, acolchada con plumón.

Se apresuró a abandonar la alcoba, ante el terror de que se abriera la ventana y aquello que estaba al otro lado de los cristales se abalanzara sobre ella.

Cuando se vio en el largo corredor, cobró conciencia de su total oscuridad. No había luz en toda la mansión y no había atinado a coger una lámpara de queroseno.

Tropezó con una consola y cuando quiso recuperarse, un haz de luz le dio en el rostro. Se sobresaltó, ahogando un grito.

—Tranquila, soy John.

El hombre desvió el foco de la linterna que llevaba en la mano.

—Se ha ido la luz —dijo ella, vacilante.

—Sí, no hay electricidad en toda la casa. ¿Quieres que te acompañe hasta tu habitación?

Ella no veía la cara del hombre, pero agradecía su presencia que la tranquilizaba.

—No, no… Bueno, no sé.

—¿Te pasa algo?

—Verás, mi ventana se movía y he tenido miedo.

—¿La ventana, como si alguien quisiera entrar?

—Sí, pero con mucha violencia. Era como si toda la ventana fuera a ser arrancada por un huracán.

—Es muy raro, porque no hay viento esta noche. Mucho frío y humedad, sí, pero viento no.

—¿Qué habrá sido entonces?

—Vamos a verlo juntos. ¿Hay alguna lámpara de petróleo en tu habitación?

—Sí, hay una que hace tiempo no se usa.

—La encenderemos, vamos.

La mansión se hallaba absolutamente silenciosa, todos parecían dormir, ignorantes del corte de fluido eléctrico.

Nathaly no hubiera regresado a su habitación de no ser por la compañía de John, aquel hombre joven y apuesto que transpiraba fuerza y un cinismo jovial.

—Es esta, ¿verdad?

—Sí —asintió, esperando que fuera él quien entrara primero en el cuarto.

El haz de la linterna se paseó por la estancia. Una claridad muy débil entraba por la gran ventana pese a las cortinas.

Nathaly miraba temerosa hacia la ventana, pero en aquellos momentos ya no parecía estar la fuerza desconocida que tanto la había asustado. Ya no intuía los ojos malignos que parecían haberse clavado en ella.

—Ahí, sobre la repisa de la chimenea, está la lámpara de petróleo —señaló John, iluminándola con su linterna.

Nathaly se apresuró a cogerla. Levantó la tulipa y John, con un fósforo, prendió la mecha. La tulipa de cristal fue bajada y una luz tenue iluminó la estancia.

—No es como la luz eléctrica, pero sirve —dijo John.

—Creo que me he asustado de forma irracional.

—En este cuarto no parece haber nada raro —observó John algo burlón—. Pero, miraremos debajo de la cama, que es donde suelen esconderse los ladrones.

—Vamos, no seas chiquillo.

No obstante, John paseó el haz de luz bajo el lecho.

—Puedes quedarte tranquila, no hay nadie.

Revisó que la ventana estuviera cerrada.

—Por aquí no ha pasado nadie y tampoco creo que nadie se haya atrevido a entrar por la chimenea, está el rescoldo del fuego y el interior de la chimenea estará demasiado caliente.

—Creo que me he portado como una tonta. La verdad es que en el pabellón de caza me he asustado demasiado.


John se le acercó ya con la linterna apagada. Los rescoldos de la chimenea parecían pedacitos de rubíes recibiendo la luz del sol.

—¿Qué es lo que te ha dado miedo en el pabellón de caza?

—No lo sé, pero he tenido la misma sensación que aquí, en esta habitación.

—Cuéntame algo de esas sensaciones qué tanto te asustan.

—Si no te vas a burlar —dijo, entre ofendida y divertida en lo que ya le parecía un juego por parte de John—. Creo que dentro del pabellón de caza había alguien que me observaba desde detrás de las ventanas cerradas.

—¿Cómo te ha ocurrido desde esta ventana?

—Sí.

—¿Y cómo podía ser ese alguien?

—No lo sé, pero si era alguien, tenía que ser maligno, demoníaco, alguien que quería dañarme, alguien con la suficiente fuerza en sus ojos como para hacer huir a la yegua.

—La yegua se puede asustar por la presencia de una víbora que una persona no llega a descubrir.

—No, estoy segura de que la yegua ha huido por lo mismo que me ha asustado a mí.

—Pues, será cuestión de acercarse al pabellón de caza y ver quién está dentro.

—Creo que Murphy ha alquilado el pabellón a un sabio chiflado que quiere vivir aislado.

—Como voy a estar unos días aquí, me pasaré por el pabellón. Si tú me acompañas, mucho mejor.

—No debo andar sola por el bosque con un hombre estando prometida a Derick.

—¿Prometida a Derick? Ah, sí, él mismo me lo ha contado. Derick es un fanático del poder y de la importancia que tiene el nombre de Adamstain. Se casó, su mujer le dio una hija y luego, murió. Derick no puede conformarse con tener solo una hija, él quiere uno, dos o tres varones para asegurar la sucesión, por eso quiere volver a casarse con una mujer joven y bonita que le dé hijos sanos. Y si por las venas de esa mujer corre sangre de los Adamstain, tanto mejor.

—Me han advertido contra usted —le dijo con sequedad, retirándole el tuteo—. Me han advertido que es un canalla y yo no quería creerlo porque le debía el favor de haberme recogido en el bosque antes de que anocheciera.

—Sí, eso debe ser. Soy un canalla, he pasado tres años en la cárcel y conozco a gentes sin escrúpulos que matarían a su madre por un puñado de dinero, pero también los hay que no han estado nunca en prisión y harían lo mismo, aunque de forma más discreta, otros que prefieren pagar

para que hombres más desgraciados hagan el trabajo sucio y ellos quedar siempre con las manos limpias.

—¿Está acusando a Derick, cuando le ha recogido en su propia casa?

—No estoy aquí por gusto de Derick. Él es un Adamstain y yo solo soy el hijo de su institutriz, un chico que veía que todo lo bueno era para otros y como miraba demasiado, fue encerrado en un colegio donde había otros chicos desgraciados como él y mucha vara de fresno para domesticarnos.

—Disculpa, creo que no he debido hablar como lo he hecho. Te debo agradecimiento y…

—Yo no quiero agradecimiento ni compasión.

La cogió por los brazos y la acercó contra sí hasta apretar los turgentes pechos de la fémina.

—¡Suéltame!

—Derick te necesita para tener varones que le sucedan, pero quizás tú también estás muy interesada en ser la nueva señora Adamstain. La prima Nathaly siempre ha sido la pariente pobre de la familia y ahora tienes la oportunidad de ser la gran señora.

—¡Debería abofetearte! —exclamó rabiosa, con los ojos encendidos.

—Te voy a dar más motivos para que me abofetees.

La sujetó por los brazos para que no pudiera escapar y con un gesto rápido, buscó su boca y la besó casi con violencia.

Nathaly trató de zafarse, pero las manos del hombre eran demasiado fuertes. Sin embargo, lo que más la inquietó fue darse cuenta de que sus piernas perdían fuerza, que toda ella se debilitaba en aquella lucha por escapar a la pasión del hombre porque se sentía agradablemente dominada.

Les sorprendió un chillido algo lejano, como si brotara de entre los muros de la mansión.

Después, fue un grito largo, mitad humano, mitad de gran alimaña. Ninguno de los dos había oído jamás nada semejante.

—¿Qué es eso? —preguntó Nathaly.

John la soltó y corrió a abrir la ventana. Se asomó al exterior, tratando de ver algo, no sabía el qué.

De pronto, la luz desapareció de su vista como si acabaran de cubrirla con un gran manto negro y los dos pudieron oír el lento batir de unas grandes alas alejándose hacia el bosque.

—¡John! ¿Qué es eso?

Perplejo, confesó:

—No lo sé, pero no me gusta.

Volvió a cerrar la ventana.

—Era como un gran animal volador, ¿verdad?

—No lo sé —repitió— y ese grito… Jamás he oído nada semejante. Será mejor que no le cuentes a nadie que he estado en tu alcoba, Derick tiene

poco sentido del humor y si tu deseo es llegar a ser la nueva señora Adamstain, mejor no se lo cuentes. Eso sí, iremos juntos al pabellón de caza.

Nathaly ni afirmó ni negó.

John abandonó la habitación y ella, con miedo, se apresuró a cerrar bien la puerta.

Aquella cosa siniestra que había oído gritar y luego volar, había estado detrás de su ventana y al no poder entrar, se había ido a otra parte.

CAPITULO VI

Había nacido un día gris que amenazaba lluvia o quizás agua nieve, un día frío y desapacible que no invitaba a salir de la mansión donde los leños ya ardían en varias de las chimeneas.

John entró en el despacho de Derick, un despacho recargado de libros, óleos oscuros y maderas también oscuras cubriendo los muros.

Pálido, con el gesto endurecido, Derick se hallaba detrás del escritorio.

—Hola, Derick, tu mayordomo me ha dicho que querías verme.

—No te lo voy a preguntar dos veces —comenzó a decir despacio, con voz muy grave y cargada de amenazas—. ¿Dónde está mi hija?

—¿Tu hija? —Parpadeó como desconcertado.

—No te hagas el imbécil. ¿Dónde está Cynthia?

—La verdad, no lo sé. No la he visto todavía, creo que cuando llegué anoche ella ya estaba acostada y como no soy persona grata a los Adamstain, nadie se encargó de decirle que John había llegado, aunque estoy seguro de que tu hija y yo terminaremos siendo buenos amigos. Siempre acabo congraciándome con las mujeres, sean niñas, jóvenes o ya mayores, tengo esa cualidad, y ellas, al final, me quieren, aunque previamente se les haya hablado mal de mí.

—No te hagas el cínico —masculló Derick que seguía sentado tras la mesa. Abrió un cajón y sacó un revólver cromado con el que apuntó a John al tiempo que amartillaba el percutor.

El oscuro orificio del cañón apuntaba a John y este sabía que bastaría una leve presión del dedo índice de aquel hombre que le odiaba para que el arma escupiera una bala de plomo caliente que se incrustaría en su cuerpo, causándole la muerte posiblemente, ya que la distancia era demasiado corta para fallar.

—Tranquilízate, Derick. ¿Qué historia es esa de que tu hija no está?

—No conseguirás chantajearme. Debí echarte a puntapiés anoche mismo cuando llegaste, ahora parece que ya es tarde, pero todavía puedo poner remedio a la situación. Si te mato, te enterraré aquí mismo, fuera de tierra santa, y jamás tendré la posibilidad de volver a verte.

John sabía que Derick era muy capaz de disparar el arma y matarle. Después, siempre encontraría alguna excusa para justificar su crimen. El mejor abogado estaría a sus órdenes y el juez sería benévolo con el señor de Adamstain.

—Derick, no me caes bien, nunca me has caído bien, pero te creía un tipo inteligente. Si supones que he raptado a tu hija y ahora me matas,

¿cómo piensas encontrarla?

—Maldito, algún día me desharé de ti para siempre.

—De acuerdo, de acuerdo. Algún día, si tienes suerte, me pegas un tiro por la espalda. Ahora guarda ese revólver y hablemos.

Como derrotado, dejó caer el revólver cromado sobre la mesa. Con voz cansada preguntó después:

—¿Cuánto quieres?

—Nada.

—¿Nada?

Le miró sorprendido, incrédulo.

—Yo no sé nada de tu hija. ¿Estás seguro de que ha desaparecido, has buscado por todas las habitaciones? Esta mansión es demasiado grande y los niños hacen travesuras a veces.

—Cynthia no estaba en su habitación. La ventana se encontraba abierta y ella no aparece por parte alguna.

Se abrió la puerta casi con violencia, sorprendiéndoles a ambos. Entró Nathaly y su madre tras ella.

—¡Derick! —De pronto, Nathaly se detuvo. Miró el revólver y luego a John, interrogante.

—¿Se sabe algo de Cynthia?

—No —dijo la madre de Nathaly.

John propuso:

—Habrá que ver si hay huellas en el jardín antes de que comience a llover.

—Derick, ¿cómo ha ocurrido? —preguntó Nathaly-

—No lo sé, ha desaparecido, es como si se la hubiera tragado la tierra.

—Qué extraño, Dios mío. ¿Has ordenado mirar si en la cuadra está el poney?

—Está, Cynthia no se ha ido con el poney y, por si fuera poco, el teléfono no funciona, la línea está cortada y tampoco hay electricidad.

—Estamos demasiado lejos de la ciudad para cuando llegan las emergencias —se quejó Nathaly.

—Mis antepasados escogieron este lugar, por aquellos tiempos no había tantas comodidades como ahora y ellos vivían perfectamente.

John descolgó el teléfono y comprobó por sí mismo que no funcionaba.

—Es muy extraño todo esto. Si hubiera habido tormenta…

—No disimules, John. Sé que has sido tú y que terminarás exigiéndome dinero a cambio de la vida de mí hija.

—Veo que es inútil insistir en decirte que no sé nada sobre la desaparición de tu hija. Es posible que haya hecho algunas cosas poco limpias en mi vida y ya he pagado con la cárcel, pero raptar a una niña… Puedes estar seguro de que eso no lo haría jamás.

—Yo tampoco le creo capaz de semejante acción —dijo Nathaly con

energía.

Se pudo oír entonces el motor de un coche que después de arrancar con fuerza, se alejaba. Derick explicó:

—No hay electricidad, no hay teléfono y mi hija ha desaparecido. Simón, el mayordomo, ha ido a buscar a la policía. En menos de tres horas los tendremos aquí y estoy seguro de que ellos sí te harán confesar, John.

—No sé si has hecho bien o mal en mandar a tu mayordomo en busca de la policía. Sé que como soy un ex-condenado, empezarán por interrogarme a mí y no de muy buenos modos. Mientras, si alguien se ha llevado a tu hija, se reirá de ti y habrás puesto en mayor peligro a la niña. Yo, de ti, haría una lista de quienes hayan podido raptarla, por dinero o deseos de venganza. Por vuestra arrogancia, por vuestro despotismo, los Adamstain siempre os habéis creado muchos enemigos.

John salió del despacho. Pudo oír como, a su espalda, Nathaly decía a su prometido:

—Le estás acusando cargado de prejuicios. Es muy fácil acusar al débil. Yo no creo que haya sido él.

—No me gusta esa defensa que haces de John, es un hombre que ha pasado por la cárcel.

—Quizás los hombres como tú o tú mismo le empujasteis hasta que se vio metido en la cárcel —le replicó airada, con una energía que a Derick le pareció desproporcionada.

Antes de que Derick pudiera replicar nada, Nathaly corrió fuera del despacho. Le dejaba solo con su futura suegra que, a buen seguro, trataría de calmarle. Con la boda de Nathaly y Derick se habría terminado ser los pobres de la familia.

—¡John!

Se volvió. Al ver a Nathaly, aguardó a que llegara junto a él.

—Gracias por no creerme capaz de semejante canallada.

—¿Qué vas a hacer?

—Llévame a la habitación de la niña.

—Vamos.

Subieron la escalinata y avanzaron por un amplio corredor iluminado por dos lámparas de queroseno colgadas de la pared.

El día era demasiado gris para esperar que la luz diurna diera claridad suficiente en el interior de la regia mansión.

Nathaly abrió la puerta, una puerta grande como tantas otras.

La alcoba era de dimensiones considerables. Allí había juguetes propios de una niña, muñecos y un caballo de cartón y balancín caído de costado.

La cama estaba deshecha pero sin violencia. La gran ventana, abierta, aunque las cortinas cubrían el hueco y se agitaban por el viento de la mañana. Pese a aquel viento, algo repugnante había impregnado paredes y ropas y costaba de disiparse. Era un olor nauseabundo, un fuerte hedor a

cadáver.

—Huele muy mal aquí —dijo Nathaly.

—Sí, huele fatal. Este olor u otros semejantes ya los he olido en otra parte.

—¿Dónde?

—En la Morgue, y es un olor que cuando se ha olido una vez, jamás se olvida.

—¿La Morgue? ¿Crees que la niña está muerta?

—Lo ignoro, pero el olor no es de ella. Para que un cadáver deje esa estela de hedor, ha de pasar algún tiempo, y no me refiero a días.

—Qué extraño.

John se acercó al ventanal y miró al exterior. Caía agua nieve y no había rastro alguno, aunque desde la altura del piso, resultaba difícil ver si en el suelo habían quedado huellas, huellas que, de haberlas, el agua nieve no tardaría en borrar.

—La ventana ha sido forzada, ¿verdad? —preguntó Nathaly.

—Sí, eso parece y han debido ejercer mucha fuerza para hacer saltar los cierres.

John trató de cerrar la gran ventana, pero el viento volvió a abrirla.

—Habrá que colocar clavos para sujetarla mientras no venga un carpintero a repararla.

—Para llegar hasta aquí arriba, habrán utilizado una escalera.

—Sí, y no hay rastro de ella, a menos qué el raptor de la niña tuviera alas.

—¿Alas? —repitió la joven, sorprendida. Luego sonrió—. Qué tontería, nadie tiene alas.

—Eso mismo pienso. Está claro que Derick es muy rico y con el rapto de la niña pueden sacarle dinero, pero…

Ante la larga pausa que John hacía, Nathaly inquirió:

—¿Pero qué?

—Pues, que tengo la intuición de que no la han raptado para pedir un rescate.

—¿Ah, no? Entonces, ¿para qué? No querrás decir que ha sido algún maníaco que pretende abusar de la pequeña…

—Espero que no, pero hay que dar una batida por los alrededores. Cada segundo que pasa es vital para la niña, puede estar herida en alguna parte y hace mucho frío.

—Un momento, John.

Estaban muy cerca el uno del otro, sus miradas se encontraron.

—No estarás pensando, como Derick, que yo he podido hacer una cosa semejante.

—No, pero puede haberlo hecho alguien que tú conozcas, aunque no lo sepas.

—Conozco a unos cuantos canallas, pero ninguno de ellos raptaría a una niña como Cynthia.

—¿Por qué te metieron en la cárcel?

Seco, obviamente molesto, preguntó:

—¿Es importante eso ahora?

—Perdona, no tengo derecho a entrometerme en tu vida.

—Qué raro que no lo sepas, perteneciendo a la familia Adamstain.

—Pues no.

—Han sido muy discretos metiéndome en el saco del olvido —comentó con amargo sarcasmo.

—No entiendo nada.

—Intenté abrir la caja de caudales y me sorprendió Hugh, el que fuera perro fiel de Derick. Peleamos y Hugh murió.

—Mataste a un hombre.

—Eso parece. Yo mismo avisé a la policía, para mí había sido un accidente, no me sentía culpable. Confesé que habíamos peleado y él, en una caída, había sufrido un mal golpe que le había ocasionado la muerte. Se presentó un abogado a decirme que me defendería, pero que mantuviera la boca cerrada. Luego, en el juicio y según el picapleitos, Hugh había insultado a mi madre, peleamos y se produjo el homicidio involuntario. No salió a relucir en absoluto que yo había tratado de abrir la caja porque me habrían ahorcado por ese delito con resultado de muerte. El picapleitos me sacó del lío con tres años de cárcel. Así conocí a los canallas que Derick dice son mis amigos.

—Yo no tengo ningún derecho a juzgarte. Además, tú ya has purgado tu falta.

—Para Derick, jamás la purgaré. Ah, se me olvidaba, el abogado lo pagó Derick.

—Entonces, le estarás agradecido.

—No, si lo que Derick pretendió fue ayudarse a sí mismo.

—¿Qué estáis hablando aquí ahora? —preguntó Derick, apareciendo en la puerta de la alcoba de su hija.

—Estábamos comentando que quien ha entrado por la ventana debía tener alas. ¿Conoces tú a alguien con alas?

—Déjate de estupideces. Más me inclino a pensar en algún canalla ex-presidiario que ahora querrá sacarme dinero y por la niña lo pagaré, claro está, pero haré que lo capturen y pagará muy cara su villanía.

—En vez de perder el tiempo lanzando amenazas será mejor que salgamos a buscar a Cynthia.

—¿Cuándo crees que llegará la policía? —preguntó Nathaly mirando a Derick.

—Cuando Simón llegue a la ciudad y dé el aviso. Sin teléfono, sin electricidad, estamos aislados.

—Le estaba diciendo a Nathaly que podríamos salir a dar una batida aunque sea a caballo. ¿Hay algún lugar donde el raptor haya podido encerrarse con su presa? Existen cabañas, ¿no?

—Si —admitió Derick.

—Entonces, ensillemos los caballos y demos las primeras batidas, la policía puede tardar.

—Creo que John tiene razón, salgamos a buscarla, quizás tengamos suerte.

—Cuando encuentre al raptor de mí hija, lo mataré con mis propias manos —juró Derick alzando sus manos y crispándolas en el aire.

El cabriolé, con la capota puesta, avanzaba ligero bajo el agua nieve que caía a ráfagas. El caballo tenía el lomo y parte de la cabeza protegidos con una lona embreada que evitaba que se mojara.

En ocasiones, el viento se hacía muy molesto cuando se cruzaba un claro y quedaba como contenido por el espeso arbolado del bosque.

El camino era malo, pero un cabriolé podía pasar por dónde un automóvil habría tenido dificultades a causa del barro y los encharcamientos que el caballo rebasaba ligero, sin problemas.

Murphy Thompson, bien protegido por un abrigo largo, guantes de piel, el cuello rodeado por una gruesa bufanda y la cabeza cubierta por un buen sombrero de fieltro negro, conducía el pequeño carruaje que se acercaba rápidamente al pabellón de caza.

De pronto, el caballo se detuvo y relinchó inquieto, como si hubiera detectado algún peligro.

—¡Arre, arre! —gritó imperativo Murphy, haciendo restallar el látigo mientras la boca del animal expulsaba chorros de vapor.

El equino se negaba a avanzar pese a los latigazos que golpeaban la lona que le protegía del agua nieve.

—¡Maldita bestia! —masculló Murphy, percatándose de que el caballo se negaba a avanzar cuando ya el pabellón de caza quedaba a la vista.

No era el frío lo que desencajaba el rostro de Murphy Thompson. Estaba molesto. Deseaba llegar al pabellón de caza con el pequeño carruaje, pero el caballo demostraba un miedo insuperable y el látigo no bastaba para convencerle de que debía seguir. Su terror era superior al miedo a los latigazos.

—¡Maldito animal!

Saltó del carruaje sin soltar las riendas que anudó al tronco de un árbol para que el caballo, espoleado por el miedo, no escapara.

Con el caballo sujeto y hundiendo sus zapatos en el barro, Murphy tomó un paquete que llevaba en el cabriolé y echó a andar hacia la casa. El tiempo era pésimo.

El animal seguía inquieto, pero al no ser obligado a avanzar, se resignó a esperar sujeto al tronco de un árbol que había nacido y crecido junto al camino.

Murphy Thompson llegó al fin a la entrada del pabellón de caza. Puertas y ventanas estaban cerradas, en apariencia estaba vacío.

Sacó una llave del bolsillo y franqueó la puerta.

Iba a cruzar el umbral del pabellón de caza, edificación que había heredado de su abuelo y que de no estar en mitad del bosque y tan alejada de la ciudad se habría considerado de gran valor, cuando se detuvo. Algo

clavó sus pies en el suelo, y ese algo fue el olor que llenó sus fosas nasales. Era más, mucho más que el olor a humedad que podía crearse en una casa cerrada durante largo tiempo.

La respiración de Murphy Thompson se hizo más profunda. Su sexto sentido le advertía que se hallaba ante un grave peligro.

Apretó en su mano el paquete que encerraba la daga-cruz de plata maciza y como si ella le diera fuerzas, se adentró en aquella casa que había conocido alegrías, rumores, gritos, risas y juegos de amor. Ahora, cerrada, oscura, maloliente, ya no era la misma.

Nadie se había ocupado de cubrir los muebles de maderas gruesas y resistentes. Toda la decoración encajaba con el sentido que tenía la edificación: Pabellón de caza.

Había mucha suciedad, polvo húmedo. De haber más luz, habría descubierto hasta mohos.

Escuchando sus propios pasos, Murphy Thompson anduvo hacia la escalera que conducía a las habitaciones.

Una amplia galería con baranda dominaba la sala donde se celebraban las comidas de caza.

Óleos representando escenas de muertes de diversos animales, sangre, y muchas piezas disecadas. Entre ellas, destacaba un águila de gran envergadura y dos cabezas de ciervo que un día fueron hermosas y que ahora era mejor no mirarlas.

Murphy Thompson conocía muy bien aquella casa. Él había sido uno de los mejores cazadores en las cacerías familiares.

Pasó ante las puertas de las habitaciones y no se detuvo hasta la última puerta que, tras abrirla, descubrió una escalera que conducía al desván.

Le pareció oír algo y se sobresaltó. Quedó quieto a mitad de la escalera, escuchando. El ruido que le asustara había partido de uno de los peldaños de madera. Continuó subiendo. Hacía un frío intenso; sin embargo, su frente se perlaba de sudor mientras su respiración seguía siendo lenta y muy profunda, como buscando el máximo de aire para sus pulmones.

Quedó detenido frente a la puerta del desván. Estaba cerrada, pero él tenía la llave, como la tenía de todas las puertas de la casa, ya que le pertenecía legalmente.

La cerradura gruñó y la puerta chirrió al ser abierta lentamente. Una claraboya dejaba pasar la luz de un día oscuro en que llovía agua nieve.

Aquel desván podía haber sido causa de alegría en unos chicos ansiosos de aventuras y de terror en personas de gran sensibilidad. Allí, retirados, estaban muchos animales disecados que un día se habían considerado deteriorados o demasiado sucios para pensar en limpiarlos, o simplemente cobrados por cazadores que hacía muchos años habían muerto y los nuevos cazadores habían preferido ver sus piezas adornando la gran sala.

También había toscos maniquíes quizás utilizados por antiguas

modistas para confeccionar vestidos, y por otros cazadores para practicar la puntería con sus armas porque en su fuero interno lo que deseaban era disparar contra seres humanos.

Sobre la claraboya caían las ráfagas hostiles del agua nieve que no parecía fuera a cuajar en blancura. La claraboya tenía todos sus cristales completos y ninguno de ellos roto. Era fácil de abrir desde el interior del desván y una vez abierta, quedaba un gran hueco de unos cuatro metros cuadrados. Unas barras de hierro podían mantener la claraboya abierta si se deseaba, pero ahora, esas barras colgaban inertes y la claraboya estaba cerrada.

El mal olor que llenaba la casa, allí se hizo obsesivo.

—Dios, apesta a cadáver…

Pasó por encima de un jabalí disecado y carente de ojos que semejó alzar sus colmillos hacia él. Pisó algo que casi le hizo caer, era un lince despanzurrado que perdía el podrido serrín que durante décadas había llenado su vientre.

Asió la daga cruz como dispuesto a defenderse con ella.

Tuvo la impresión de que aquel montón de animales disecados y podridos le acosaban, como haciéndole culpable de sus muertes inútiles. Todo lo que allí había, no lo habría querido ni el más miserable de los ropavejeros, pero tampoco había nadie preocupado en limpiar aquel desván. La luz era demasiado escasa y Murphy lamentó no haber subido una lámpara.

De pronto, estuvo a punto de tropezar con lo que parecía un muñeco más. Estaba en el suelo, pero sus ropas eran demasiado nuevas, demasiado limpias.

Se inclinó para mejor ver su rostro.

—Cynthia —musitó con voz apenas audible.

Murphy se estremeció de miedo y de alegría al mismo tiempo. Su atroz venganza había comenzado.

La pequeña Cynthia yacía allí fría, helada, con su suave piel inusitadamente blanca. Acercó su mamo al pecho de la niña y comprobó que no latía. Le ladeó la cabeza y descubrió dos significativos orificios en su cuello.

—La fiera infernal la ha dejado sin una sola gota de sangre —gruñó para sí.

En un rincón del desván, medio oculta, estaba la gran caja de madera ya despiezada y a la vista quedaba el viejo y gran ataúd oscuro sobre cuya tapa no había ninguna cruz y sí un rótulo en el que podía leerse:

CONDE ALUCARD
NECO, ERGO SUM

No había cadenas alrededor del mismo y en la tapa destacaba un orificio a la altura del corazón del cadáver que allí yaciera.

—Sé que estás ahí dentro, Drácula —silabeó Murphy tratando de vencer su propio terror—. Y yo soy tu dueño, más poderoso que tú.

Dejó al descubierto la daga-cruz de plata tirando al suelo el trapo conque la llevara envuelta. Temblándole la mano, todo el brazo con el que sostenía la daga-cruz, introdujo la punta de aquel arma tan singular, propia de un ritual religioso, unos centímetros dentro del agujero que había en la tapa del ataúd. Pudo escuchar como el ronquido amenazador de varios perros cimarrones juntos.

En su terror, Murphy se rio entrecortadamente manteniendo el arma en aquella actitud amenazadora.

—Me tienes miedo, Drácula. Podría volver a ensartarte y sería como enviarte de nuevo al mundo de las tinieblas, al infierno al que perteneces. Soy tu dueño, Drácula, estás en mi casa, te he invitado a la más diabólica de las cacerías. Te he dado la libertad de las noches para que caces hasta al último de los Adamstain y así la orgullosa familia desaparezca para siempre. No te costará conseguirlo, ya has aprendido el camino de la mansión. Cynthia ha sido tu primera víctima desde que te he devuelto la libertad… O no, primero fue el imbécil de Ashley. Espero que hagas tu labor a la perfección. Nadie podrá acusarme a mí de todo el mal que tú hagas. Regresaré a la ciudad y me haré ver en el casino, jugaré mucho a las cartas y se fijarán en mí mientras tú saldrás de aquí por las noches para llevar a cabo tu diabólica cacería. ¿No me dejaron como herencia el pabellón de caza? Pues ahora tendrán la más insospechada e infernal de las cacerías…

Siguió hablando entrecortadamente, entre risitas, como si se lo contara todo al ser que yacía dentro del féretro.

Sin soltar la daga-cruz, Murphy levantó la tapa del féretro con la intención de ver a la criatura que allí se guarecía.

El hedor se hizo más y más insoportable.

—Las leyendas dicen que las mujeres se enamoran de ti.

Quedó cortado a la vista de aquel ser de casi dos metros de estatura que yacía inmóvil dentro del ataúd.

Vestía un viejísimo y raído frac. Sus manos eran enormes, esqueléticas, armadas de uñas puntiagudas. Un enorme sello destacaba en el dedo corazón de su diestra.

Más, al clavar la vista en la cabeza del vampiro, Murphy se aterrorizó. Allí no había belleza alguna, allí había auténtica fealdad.

Era una cabeza larga, de piel amarillo ceniza. De nariz grande, aguileña, quijada larga. La boca estaba entreabierta y unos enormes y puntiagudos colmillos sobresalían por encima de los labios húmedos de sangre. El cabello era gris sucio, los largos mechones estaban

desparramados sobre la almohada del ataúd. Pero eran los ojos lo que más destacaba en aquel monstruo que allí esperaba la llegada de la noche. Los ojos abiertos, de pupilas rojas, estaban clavados en Murphy Thompson.

Quiso soltar la tapa para dejarla caer sobre el conde y así ocultarlo a su vista, pero su mano no obedeció. Tuvo la sensación de que la horrible bestia sonreía plena de satisfacción.

La mano izquierda de Murphy Thompson no soltaba la daga-cruz mientras notaba que los ojos de Drácula le hipnotizaban. Dentro de cada una de aquellas pupilas rojas vio vampiros aleteando mientas sus oídos se llenaban de un fragor que podía confundirse con coros lúgubres surgidos de las entrañas de la tierra, como si quienes cantaran estuvieran ya sepultados.

Murphy comprendió por qué mujeres y hombres podían haberlo descrito como hermoso y elegante, erótico y sensual, atractivo y dominante. Toda la ilusión estaba en aquellos ojos dentro de los cuales aleteaban los vampiros. Hipnotizadas por aquella mirada, sus víctimas solo podían ver lo que él deseaba que vieran y así se entregaban mansamente a sus colmillos ávidos de sangre y transmisores del vampirismo.

—Haz tu trabajo —dijo, ya sin reír, con el terror mezclado con la saliva que notaba entre sus dientes—. Te dejaré libre para siempre, esta será tu nueva morada sin que nadie te moleste.

Su mano soltó la tapa que se cerró sonoramente, ocultando al ser infernal.

Aterrorizado, Murphy corrió hacia la salida, saltando entre los olvidados animales disecados y dejando atrás a Cynthia, la primera Adamstain desangrada por la bestia insaciable.

Casi descontrolado, cayó sobre el jabalí sin ojos. Se recuperó para saltar hacia la escalera, descendiendo por ella a trompicones. Pasó al primer piso y de este, por la gran escalera, a la sala y de allí, a la puerta que cerró tras de sí violentamente.

La gélida agua nieve le pareció una bendición y el mal tiempo, un manto acogedor. Ya no respiraba el intenso olor a cadáver que le mareaba.

Presa de violentas arcadas, oyó que su caballo relinchaba furiosamente. Clavó la vista en el animal y vio que el miedo le había empujado a tratar de escapar y tanto él como el cabriolé, estaban volcados aparatosamente.

Mirando hacia la casa con miedo de que Drácula pudiera surgir de ella para perseguirle, corrió hacia el caballo. Cuando intentó ponerlo en pie, se dio cuenta de la tragedia.

—¡Maldita sea, te has partido una pata!

Su rabia, mezclada con el terror, le hizo dar puntapiés al animal herido en vez de tratar de aliviarlo o darle una muerte digna que le evitara sufrimientos inútiles.

—Y ahora, ¿cómo regresaré?

El bosque estaba ante él y el agua nieve caía a ráfagas azotándole la cara. Echó a andar maldiciendo su suerte, chapoteando en el barro. Sin soltar la daga-cruz, se fue alejando sin importarle los angustiados relinchos del caballo condenado a una larga agonía.

CAPÍTULO VIII

Simón, el mayordomo, avanzaba con el automóvil dificultado por una mala visibilidad. Las órdenes que tenía eran tajantes: Llegar al primer puesto de policía y dar la alarma sobre la desaparición de la hija de su amo, la pequeña Cynthia Adamstain.

Mientras los limpiaparabrisas zumbaban, oyó unos ruidos demasiado sospechosos. Perdió el control del coche y este se hizo a un lado del camino, frenándose ostensiblemente.

Al apearse, miró las ruedas y descubrió que tres de las cuatro estaban reventadas.

—¿Cómo ha podido pasarme esto? —se lamentó.

El agua nieve y el barro no le dejaron ver los clavos que hablan puesto en el camino, a la espera de que pasaran por encima las ruedas de un automóvil y reventarlas.

—¿Y ahora qué hago? —se preguntó.

Estaba demasiado lejos de la ciudad. Se dijo que lo mejor sería regresar a la mansión, contar lo sucedido y coger otro coche o un caballo.

Sólo tenía una rueda de recambio y tres neumáticos estaban pinchados, demasiada mala suerte.

Detrás de unos arbustos, sin que el mayordomo se percatara de ello, estaba agazapado el hombre que había puesto suficientes clavos en el camino como para que se pincharan los neumáticos de cualquier automóvil que pasara por allí.

Simón no tuvo tiempo de darse cuenta de lo que iba a sucederle.

Morrison, bien cubierto con un recio chubasquero, saltó por detrás del mayordomo y le golpeó la cabeza con un garrote, derribándolo.

—Lo siento, amigo. Ahora te ataré y pasarás unas horas aquí —gruñó mientras se inclinaba sobre el caído.

Sacó de su bolsillo una pequeña cuerda con intención de maniatar a Simón y así lo hizo, sujetándole las manos a la espalda.

—Ahora, te pondré boca arriba y…

Al darle la vuelta le vio con los ojos abiertos pero vidriosos.

—Maldito estúpido… Yo no quería matarte.

El garrotazo en la base de la cabeza había sido mortal para el mayordomo, atacado a traición.

Instintivamente, Morrison miró en derredor temeroso de que alguien le hubiera visto, lo cual resultaba casi imposible por el lugar donde se encontraba y el mal tiempo que hacía. No era fácil que nadie paseara por

el bosque ni circulara por aquel camino que prácticamente solo conducía a la mansión de los Adamstain.

Cogió a Simón por el cuello del abrigo y lo arrastró hasta el coche. Abrió la portezuela y lo colocó frente al volante, quitándole las ligaduras.

Tuvo que raspar varios fósforos hasta conseguir que prendiera el asiento. Cuando las llamas crecieron, se apartó, dejando la portezuela bien abierta para que el aire ayudara a la combustión pese al agua nieve que caía.

Las llamas no tardaron en envolver el coche que siguió ardiendo hasta que estalló el tanque de gasolina y el incendio se hizo más voraz.

El cuerpo del mayordomo se fue carbonizando, pronto no quedaría rastro de aquel crimen.

Morrison pensó que nadie iba a ver el penacho de humo en aquel maldito día de lluvia y echó a andar hacia la mansión de los Adamstain porque aún le quedaban muchas cosas por hacer.

Simón, el mayordomo, no había sospechado que aquel iba a ser el día de su muerte y la horrible carbonización de su cuerpo.

* * *

La madre de Nathaly se había quedado dentro de la mansión junto a las sirvientas. Afuera, con ropas que les protegían de la lluvia y montados a caballo, estaban Derick, Nathaly y John.

—¿Qué hacemos? —preguntó Nathaly que controlaba muy bien a su yegua.

—Podemos dar una batida por separado —propuso John—. Los tres conocemos los alrededores.

—Maldita sea… Si tuviéramos ahora a los perros y a los cuidadores, podrían ayudarnos. Separémonos y regresemos aquí dentro de dos horas.

—De acuerdo —aceptó John—. Yo voy hacia el pabellón de caza.

—Yo iré por la carretera en dirección a la ciudad —dijo la muchacha.

—Pues yo cabalgaré hacia el sur, junto al río —añadió Derick.

Espolearon a sus respectivas monturas y partieron al galope esperando hallar a la pequeña Cynthia o rastro de ella. Ninguno de los tres podía siquiera intuir lo sucedido.

La lluvia fue amainando hasta cesar por completo, pero todo el bosque y los prados estaban empapados de agua helada. Hacía frío. Hombres y bestias despedían con el aliento vaharadas visibles de vapor.

Nathaly notaba el aire gélido introduciéndose por su nariz, pero trataba de olvidarse de aquella sensación para pensar solo en la niña desaparecida.

Por un momento, tuvo la impresión de que había visto moverse algo. Detuvo la yegua y escrutó entre los arbustos hasta desanimarse. Prosiguió su camino, más aliviada porque ya no llovía.

Llevaba un rato cabalgando cuando olió a quemado. Al rebasar un recodo del bosque, descubrió al automóvil que todavía humeaba, aunque ya no se veían llamas.

Haló de las bridas, frenando a la yegua para observar a cierta distancia el vehículo quemado en el que era casi imposible reconocer el poderoso coche de Derick.

Cuando estuvo más cerca, identificó el vehículo pese a haberse quemado la pintura. La portezuela estaba abierta, los cristales rotos. La tapa del motor levantada y retorcida y dentro, frente al volante…

—¡Dios mío! —exclamó, volviendo la cabeza.

La visión de un cuerpo humano carbonizado era horrible, insoportable.

Ya nada podía hacer por salvar a Simón, ni siquiera podía tocar el coche quemado porque sus hierros la abrasarían.

Decidió dar la vuelta y regresar a la mansión para contarles a John y a Derick lo ocurrido y que ellos tomaran alguna decisión. Quizás hubiera ya fluido eléctrico y servicio de teléfono. Horrorizada, se alejó al galope.

CAPÍTULO IX

Derick Adamstain había escudriñado exhaustivamente la orilla del río sin descubrir nada.

Hubiera preferido llevar perros y estaba dispuesto a pedirle a la policía que rastreara todo el bosque con perros adiestrados.

—¡Cynthia, Cynthia! —gritaba de vez en cuando, deteniendo a su caballo. Más, no obtenía la menor respuesta.

Tras mirar su reloj de bolsillo, decidió regresar a la mansión para reunirse con los demás. Quizás Nathaly o John, del que recelaba profundamente, hubieran descubierto algo.

Dio un rodeo para acercarse a la casa por el establo y los pabellones de servicio.

Dejó su caballo en la cuadra y entró en la mansión pasando por el garaje cuando oyó unos ruidos metálicos que le llamaron la atención y le hicieron fruncir el ceño.

Sacó del bolsillo la "Smith and Wesson" que llevaba consigo. Amartilló el revólver de cañón corto y, cauteloso, se acercó a la puerta del garaje.

Pudo oír más ruidos, pero él mismo produjo un inesperado ruido al hacer caer una barra de hierro.

Se hizo el silencio dentro del recinto donde había tres automóviles, uno de los cuales era el deportivo color gris de John.

—Quien esté ahí dentro, que salga con las manos en alto —ordenó amenazador mientras se adentraba en el garaje llevando el arma por delante.

El silencio en aquellos momentos era tan absoluto que no parecía haber nadie; sin embargo, Derick estaba seguro de que había alguien escondido, alguien que había estado produciendo ruidos. Uno de los coches tenía la tapa del motor abierta y se notaba que los otros dos también habían sido abiertos.

Dentro de uno de los vehículos, muy nervioso, estaba Morrison, buscando el momento para huir de allí y que no le atraparan.

De pronto, una de las portezuelas se abrió tan violentamente que empujó a Derick, derribándole. Se produjo una detonación y una bala se fue hacia el techo.

Morrison, como fiera acorralada, saltó del coche llevando en la mano una pesada llave inglesa con la evidente intención de abrirle la cabeza a Derick. Este evitó el golpe girando sobre sí mismo e inmediatamente que se lo permitió su posición, disparó contra el agresor y lo hizo por tres

veces.

Morrison, alcanzado de lleno, se tambaleó dando con su espalda contra el coche. Sus ojos, muy abiertos, parecían gritar incredulidad por lo que le estaba sucediendo. La muerte había llegado a él con tres balas en el cuerpo.

Cayó pesadamente, pegado al coche. La llave inglesa golpeó el suelo mientras Derick se rehacía sin dejar de apuntar a Morrison.

Alertados por los disparos, no tardaron en llegar al garaje Nathaly y John.

—Derick, ¿qué ha pasado?

—Este hombre estaba aquí rompiendo los coches, me ha atacado y he tenido que defenderme.

Nathaly y John se acercaron para verlo.

—Dios mío, cuánto horror, Simón también ha muerto.

—¿Simón, el mayordomo? —masculló Derick.

—Sí. —John, señalando a Nathaly, explicó—: Ella ha descubierto el coche incendiado y al pobre Simón dentro, carbonizado.

—Habrá sido ese miserable. —Derick señaló el cadáver de Morrison.

—Ya no cabe duda de que se trata de un cerco y un acoso.

Derick inquirió:

—¿Qué tratas de decir, John?

—Simón iba a avisar a la policía y no ha podido llegar, es muy raro que se incendie el coche con él dentro sin haber chocado. Luego, estos coches rotos… Seguramente, si tratamos de ponerlos en marcha, ninguno de ellos va a funcionar, incluido el mío. Y tu hija, desaparecida.

—¿Por qué todo esto? —preguntó la muchacha.

—Porque quien ha tramado este plan diabólico pretende que ninguno de los que estamos aquí podamos alejarnos de la mansión y que tampoco la policía pueda ser alertada para que acuda en nuestra ayuda.

—Y de este modo, los raptores de mi hija podrán exigirme lo que quieran, ¿verdad?

—Es posible, o no —opinó John.

—¿De qué otra cosa puede tratarse? —inquirió Nathaly.

—No lo sé, pero esto me huele a venganza.

—¿Venganza, sobre mí? —gruñó Derick.

—Es posible. Los hombres que adquieren demasiado poder suscitan muchos odios y envidias.

—Lo dices como si supieras mucho de ello y no estará de más recordarte que yo evité que te ahorcaran.

—Pagué con tres años de cárcel por un homicidio involuntario.

—Si se hubiera dicho en tu proceso que tratabas de abrir la caja de caudales, que habías sido sorprendido y que por ello mataste a Hugh, te habrían ahorcado.

—Y se hubiera sabido que nuestro padre dejaba una pequeña herencia a mi madre.

—¡Eso no es cierto! —bramó Derick, colérico.

—¿Vuestro padre? No entiendo —confesó Nathaly.

—Es hora de que lo sepas. La institutriz de Derick fue mi madre, el señor de Adamstain la sedujo y de esa seducción, nací yo.

—¡Tu madre traicionó a la mía, a la familia que le daba amparo!

—No le daba amparo sino trabajo, ella no recibía nada gratis. Ganaba su pan enseñándote a ti muchas de las cosas que ahora sabes. Y ten cuidado, Derick, porque no voy a tolerar que digas una palabra más alta que otra sobre la memoria de mi madre.

—¿Te atreves a amenazarme?

—Mátame como has hecho con ese desconocido —señaló al caído Morrison— pero lo que yo buscaba en tu caja de caudales, era cierto. Sobornaste al notario que hizo la lectura del testamento y tuve que meterle el miedo en el cuerpo y unos cuantos puñetazos en la cara para que lo confesara. Una parte del legado de nuestro padre, en el que se acordaba de mi madre, había sido aligerado del testamento general y tú lo habías puesto dentro de tu caja de caudales. Traté de recuperarlo cuando me sorprendieron. Hubo lucha y, accidentalmente, maté a un hombre. Tú también has matado a otro hombre ahora.

—Este individuo puede ser uno de los que han raptado a mi hija, su muerte está justificada —dijo, al borde de la cólera.

—Tratar de conseguir lo que pertenecía a mi madre también estaba justificado, pero en el proceso tuve que callarme porque me iba el cuello. Mientras yo estaba en presidio, mi madre enfermó y murió abandonada en un hospital sin que tú movieras un solo dedo por ella.

—No era mi madre.

—Derick, ¿fuiste capaz de una cosa semejante?

—No le escuches, Nathaly, es un delincuente. Ya de pequeño estuvo en el hospicio y creo que también en un reformatorio.

—Porque el señor de Adamstain obligó a mi madre a que me separara de ella. Sí, estuve un tiempo en un hospicio hasta que mi madre no pudo soportarlo y me recuperó. También pasé por un reformatorio porque yo ya conocía lo que es ser un marginado. Mi madre lucho por mí, pero era débil; sin embargo, nuestro padre siempre la quiso más a ella que a tu madre.

—No consiento que digas que un Adamstain fue tu padre, no puedes demostrarlo, jamás fuiste reconocido.

—En ese testamento que guardaste tan celosamente, quizás sí.

—No existe ese apartado del testamento del que tanto hablas.

—Quizás fuera destruido, es posible, por eso vine aquí para tratar de llegar a un arreglo contigo, aunque tendría que escupirte a la cara. No, tras

de mí no viene nadie persiguiéndome, estoy aquí para sacarte lo que de buen grado no quisiste darle a mi madre a la qué dejaste morir abandonada en el hospital porque la odiabas, sí, la odiabas porque nuestro padre la amaba más a ella que a tu madre.

—¡Nunca serás un Adamstain!

—¿Y quién te ha dicho que desee serlo? Aquí siempre ha estado todo sucio y corrompido, la podredumbre ha sido ocultada bajo un baño de oro. Te preguntabas antes quién podía tratar de vengarse, ¿por qué no te preguntas cuántos odios has creado en torno tuyo a lo largo de tu vida? ¿A cuánta gente habéis aplastado los Adamstain?

—¡Basta! —gritó Nathaly viendo que la situación empeoraba entre los dos hombres.

Derick apuntaba directamente al corazón de John, con el índice montado sobre el gatillo y el percutor amartillado. Bastaría una suave presión y el arma expulsaría la bala que acabaría con la vida de John.

La joven se colocó entre los dos hombres haciendo que el arma la apuntara a ella. Mirando a Derick a los ojos, preguntó:

—No irás a matar a tu hermanastro, ¿verdad?

—Mi padre jamás lo reconoció, solo es el hijo natural de una mujer que ejerció como institutriz en la mansión Adamstain.

—Ya tendréis tiempo para aclarar esta enojosa situación, lo que importa ahora es encontrar a Cynthia.

—Es cierto —admitió Derick bajando el arma, lo primero es encontrar a mí hija. —Señaló a Morrison y preguntó a John—: ¿Le conoces?

—No le he visto jamás y después de lo que ha contado Nathaly, no me sorprenderla que fuera este hombre el que ha quemado el coche de Simón.

—¿Crees que está solo?

—No, pienso que ha sido enviado por alguien. Si buscáramos en sus bolsillos, encontraríamos dinero, conozco a esa clase de tipos.

Derick se inclinó sobre el cadáver y registró sus bolsillos. De uno de ellos, que pertenecía al interior de la chaqueta, extrajo un fajo de billetes manchados de sangre.

—Tienes razón, pero ¿quién puede haberle pagado para que no escapemos de aquí y no podamos avisar a la policía?

CAPITULO X

Aquel día, frío y nublado, en el que todo el bosque rezumaba el agua de la lluvia caída durante largas horas, se había hecho increíblemente corto.

A Murphy Thompson le sorprendieron las tinieblas de la noche aterido de frío y cansado de tanto caminar por el sendero embarrado y lleno de piedras. No era lo mismo andar que viajar en un carruaje.

Llevaba consigo la daga-cruz; con ella estaría a salvo o al menos, eso creía.

Le pareció que el sendero se hacía más estrecho hasta que se convenció de que se había perdido y avanzaba por senderos que se entrecruzaban. La oscuridad era su enemiga y el bosque, la gran trampa en la que había caído.

De pronto, su respiración se paralizó.

En un claro del bosque vio o creyó ver al monstruo infernal.

El cadáver viviente, aristócrata del averno, estaba en pie frente a él, mirándole con sus ojos encendidos, con su raído frac, sus muertos cabellos grises.

—Murphy Thompson, acércate —ordenó la voz lenta y muy grave.

—¡No, no!

Dio la vuelta y echó a correr, pero volvió a encontrarse frente al conde como si hubiera varios Drácula.

—¡Regresa al infierno adonde perteneces!

El conde se metamorfoseó a los ojos de Murphy y de su espalda brotaron dos grandes alas que batió para elevarse en vuelo. Murphy, aterrado, retrocedió, tropezando con una piedra.

Perdió el equilibrio y cayó por un terraplén. Al tratar de agarrarse a un arbusto, se le escapó de la mano la daga-cruz que quedó al pie del arbusto mientras él seguía cayendo.

Cuando quiso recuperarse, vio que una de sus piernas estaba demasiado doblada para ser una torcedura normal.

—¡Nooo, nooo! —gritó.

El gran vampiro, satisfecho por su triunfo, alzó sus alas negras y cartilaginosas para envolverlo mientras los grandes colmillos buscaban ávidos el cuello del caído.

Murphy Thompson había sido víctima de su propio plan de venganza.

Despreciado por Derick, sin la fortuna de la familia y rechazado por Nathaly, solo había pensado en vengarse buscando la forma más diabólica de conseguirlo.

Había ideado su plan al encontrar en un viejo mueble en casa de un anticuario un diario en el que se relataba lo ocurrido al conde Drácula y el lugar donde se hallaba inmovilizado con la daga-cruz clavada en el pecho.

Lo que no había querido leer en el viejo diario había sido la frase que decía: “QUIEN DESENCADENE AL MONSTRUO, SERÁ DEVORADO POR ÉL”.

La sentencia se había cumplido y el monstruo infernal estaba en libertad. El batir de sus grandes alas negras de vampiro se oiría por encima de las casas de las gentes de bien, aterrorizándoles, obligándoles a atrancar puertas y ventanas.

CAPITULO XI

Nathaly no conseguía conciliar el sueño, demasiadas emociones. Eran como pesadillas o quizás las superaban. Jamás se borraría de su mente el cuerpo carbonizado del mayordomo. Luego, la muerte de aquel desconocido que llevaba consigo un dinero que al final había quedado manchado de sangre.

Tampoco olvidaría las palabras cruzadas entre John y Derick.

Adamstain era una dinastía importante y que ella se casara con Derick, era el sueño dorado de su madre. Pero, había aparecido John y había despertado en ella sensaciones que antes jamás había conocido.

Su cuerpo había temblado ante la proximidad de aquel hombre y ahora que conocía cuál era su delito, había ganado en grandeza ante sus ojos y Derick había descendido.

Faltaba probar que Derick hubiera ocultado parte del testamento sobornando al notario que lo había tenido en custodia. No era frecuente un soborno de esa clase, pero en cualquier profesión había ovejas negras.

Dio muchas vueltas en la cama hasta que se levantó. Tuvo la impresión de oír un llanto lejano que podía ser el de una criatura.

—¿Cynthia?

Puso sus pies dentro de las zapatillas de raso. Se envolvió en la bata color de rosa y salió de la alcoba. Habían tenido la precaución de repartir por la casa lámparas de queroseno encendidas a falta de corriente eléctrica.

Avanzó por el corredor buscando la procedencia del gemido cuando vio surgir ante ella una figura humana. Parecía un hombre muy alto de cabellos grises revueltos, pero aún no lo alcanzaba a ver bien.

—Nathaly, Nathaly… —llamó aquel ser.

Pese a la distancia, se sintió fascinada por la mirada de aquel hombre que, al acercarse más, creyó reconocer.

—John, ¿qué haces aquí?

Drácula sonreía, mostrando los afilados colmillos en su horrible boca sedienta de sangre.

Los ojos del monstruo la hipnotizaron. Diminutos vampiros aleteaban en sus pupilas rojas y la mujer no le veía tal cual era, un cadáver infernal. Drácula había sacado de la mente femenina cuál era su ideal de hombre y así la obligaba a verle a él.

—Estás deseando amar, Nathaly, estás deseando entregarte —decía el vampiro mientras el hedor escapaba entre sus colmillos que ella no veía.

Como muchas personas en el mundo, no veía en él a la bestia que era, sino al hombre que deseaba amar.

Las manos grandes, sarmentosas, le abrieron la bata buscando desnudar sus blancos y turgentes pechos.

—John —se quejó tímidamente.

—Te daré todo el amor que deseas. Sacaré de ti toda la vida que corre por tus venas.

Sintió aquellas manos acariciando su cuerpo y no fue capaz de rechazarlas. Luego, se vio cogida en volandas como si careciera de peso.

El vampiro la introdujo de nuevo en la habitación de la que acababa de salir. La depositó en el lecho, todavía con el calor despedido por su propio cuerpo.

Nathaly no sabía si estaba soñando o despierta, gozando de unas sensaciones que le parecían maravillosas. El vampiro le abrió la bata y la acarició intensamente, satisfaciéndose en ello. Era como si pretendiera que la sangre de la hermosa mujer se calentara, se hiciera más apetitosa. La sangre de una mujer ardiente de amor sin duda habría de gustarle más.

Drácula supo que ella estaba en su momento crítico. La bella mujer era todo fuego, en el punto máximo de la total entrega al hombre que deseaba.

Las puntas de sus pezones quemaban, ansiosos de ser besados, lamidos, succionados hasta vaciarlos. Los muslos prietos y torneados se separaban…

El vampiro se inclinó dispuesto a clavar sus afilados colmillos en el cuello de la joven entregada al amor cuando en realidad se entregaba al monstruo y a todo lo que él significaba. Iban a robarle toda la sangre de su cuerpo, condenándola a ser un cadáver viviente que cada noche escaparía de su tumba para robar la sangre de otros seres vivos.

—¡Nathaly!

Ante aquel grito, justo cuando iba a hundir sus colmillos en el blanco cuello, Drácula se volvió paira mirar al intruso.

La mujer, bruscamente arrancada de su sometimiento hipnótico, fijó sus ojos en la bestia infernal que despedía vaharadas de hedor a cadáver.

Gritó aterrorizada cuando John saltó hacia el vampiro, empujándolo violentamente fuera de la cama.

Drácula se rehízo de inmediato. Abrió desmesuradamente su boca de fiera y lanzó una mezcla de aullido de lobo, rugido de pantera y chillido amplificado de vampiro. Era una extraña fusión de sonidos que producía un dolor cerebral insoportable en quienes los oían.

Drácula saltó por encima de la cama con una agilidad increíble, como si volase. John consiguió hacerse a un lado mientras le propinaba una patada en el rostro, pero el monstruo parecía inmune a los golpes.

John luchó ferozmente contra aquel monstruo que parecía atesorar todas las fuerzas del averno. Los golpes no le hacían mella, a él no se le podía matar porque ya era un cadáver.

Jadeante, sin dejar de pelear, John se encontró conque el vampiro consiguió sujetarle el cuello con sus largas manos de dedos esqueléticos que semejaban de acero. En la terrible lucha habían roto una pequeña mesa y dos sillas.

John notó como sus ojos se oscurecían al faltarle el aire. El monstruo le vencía.

Nathaly, en una acción desesperada, tomó una de las patas de la silla rota y golpeó con ella la espalda del vampiro, colocando la punta astillada a modo de estaca hiriente. El monstruo lanzó un chillido que hizo vibrar los cristales.

Drácula soltó su presa para encararse con la mujer que le amenazaba con la madera astillada. Siguió chillando, entre enfurecido y amenazador. Su rostro se agrandaba, sus colmillos se hacían más temibles, su pelo gris de muerte era sacudido de un lado a otro.

John se recuperó rápidamente al no tener ya la presa de las manos del vampiro en su cuello. Se incorporó y le quitó el palo a Nathaly. Con él por delante, fue acorralando a la fiera.

—No puedes ser un vampiro, no puedes ser Drácula, no puedo creerlo, pero si lo eres, una estaca será tu fin…

Con gran impulso, se lanzó contra el monstruo dispuesto a ensartarlo con la estaca de madera.

El vampiro, temiendo que John lograra su propósito, se lanzó contra el gran ventanal mientras se metamorfoseaba. Aparecieron las dos horribles alas y se alejó volando hacia el bosque.

CAPITULO XII

Derick Adamstain aprovechó que el manto de nubes se rasgaba y filtraba la luz de la luna llena para volver a salir con su caballo.

La discusión con John le había hecho entender que sí podía tener enemigos ansiosos de vengaras.

Pensó en Murphy y en el pabellón de caza.

Murphy tenía que ser uno de los hombres que más le odiaban después de comprometerse con Nathaly.

Si Murphy había sido el raptor de la niña, esta estaría en el pabellón de caza y la historia del alquiler a un extraño sabio chiflado había sido un embuste para que nadie se acercara.

Cada vez más convencido de que su hija debía hallarse en el pabellón, fue acortando el camino que le separaba de su objetivo.

Los relinchos apagados de un caballo llamaron su atención cuando ya estaba cerca del edificio. Descubrió al animal con la pata rota y el cabriolé volcado. Después, miró hacia la casa.

—Esto tiene que ser obra de Murphy —se dijo.

Olvidándose del equino que tenía que morir, trató de cabalgar hacia el pabellón, pero su montura se encabritó alzando las patas delanteras. De no haber sido un excelente jinete, habría caído descabalgado con violencia.

—¡Quieto! —gritó, tratando de dominarlo. No hubo manera, el caballo solo quería huir.

Desmontó, incapaz de controlarlo, y nada más apearse, el animal huyó como le pasara a Nathaly en la misma situación.

Dispuesto a encontrar a su hija, avanzó a pie. Al llegar al atrio del pabellón, descubrió que la puerta estaba abierta.

Frunció el ceño. La puerta abierta podía significar que alguien acababa de llegar o de marcharse.

Empuñó el revólver. Los cartuchos quemados habían sido repuestos.

Se adentró en la casa. La luz era muy escasa pero él conocía muy bien el recinto. Fue hasta la chimenea, allí había un candelabro de tres velas que encendió. Asió el candelabro con la zurda mientras llevaba el revólver en la mano derecha.

—¡Cynthia, Cynthia!

La casa devolvía su llamada en un eco que sobrecogía y parecía una burla de su propia llamada.

Recorrió la gran sala, la cocina, varias dependencias. Estaba dispuesto a no abandonar el pabellón hasta registrarlo en su totalidad.

—¡Cynthia, Cynthia!

No obtenía más respuesta que el eco. Subió la gran escalera lentamente.

Cuando llegó a lo alto, ocurrió lo que más deseaba y que al mismo tiempo, más le sorprendió.

—¡Papá, papá!

La niña, vestida con su camisón, apareció por el fondo del corredor, avanzando hacia él con las manos tendidas.

Derick dejó el candelabro sobre lo alto del pasamanos para así estar más libre mientras los ojos de cristal de los animales disecados parecían observarle con morbosa curiosidad.

—¡Hija!

Hundió la pistola en su bolsillo, cogió a la pequeña entre los brazos y la alzó en el aire.

—¡Cynthia, hija, ya estamos juntos!

—¡Papá!

—Hija, ¿cómo estás aquí, quién te ha traído?

La niña, junto al cuello de su padre que quedaba frente a su rostro, abrió la boca desmesuradamente y en ella aparecieron los larguísimos incisivos.

Derick sintió que los colmillos se clavaban en su garganta. Se echó hacia atrás, pero la niña estaba pegada a él como un leopardo a su presa. No podía desprendérsela mientras comenzaba a succionarle la sangre. Ella también era un vampiro por haber muerto desangrada por el conde Drácula.

—¡Noooo!

Al retroceder, Derick perdió el equilibrio y junto con Cynthia, cayó rodando por la escalera, dándose golpes, sin que la pequeña vampiro le soltara.

Quedaron al fin quietos al pie de la escalera. Derick cortaba allí su dinastía, ya no habría otro Adamstain como él para sucederle.

Sus ojos quedaron abiertos. No había muerto desangrado sino porque se había roto la nuca en la caída por la escalera. Sin embargo, la pequeña vampiro seguía succionando la sangre todavía caliente, llenando su boca, manchando su camisón.

Por la puerta abierta apareció el gran vampiro, el amo y señor. Al ver lo que hacía la niña, se acercó a ella y de un feroz manotazo la hizo volar hasta estrellarla contra la pared. Se inclinó después sobre el cadáver, atraído por la sangre que manaba del cuello donde aparecían las incisiones causadas por la niña.

Como una pequeña fiera, Cynthia aulló de rabia.

En lo alto de la escalera, el candelabro iluminaba la horripilante escena. Tenían que darse prisa, el día estaba llegando y su imperio era el del mundo de las tinieblas.

CAPITULO XIII

Nathaly penetró en la gran cocina de la mansión. Allí estaba John, preparando café y leche.

—Será mejor que tomemos algo antes de partir, si estamos mareados por el hambre podemos ver alucinaciones.

—¿Hacia dónde iremos?

—He pasado tres horas en la biblioteca esta amanecida. He leído todo lo que hay sobre el conde Drácula y vampirismo. Se insiste en que no se ha probado su existencia, pero se ha hablado demasiado de ello en distintos tiempos y lugares para que sea solo una fantasía.

—Nosotros sabemos que está aquí.

—Sí, y tenemos que encontrarlo, no hay tiempo para ir en busca de la policía.

—¿Nos atacará?

—De día se esconde dentro de un ataúd buscando la oscuridad. La luz del sol lo ha de matar, él es un príncipe de las tinieblas.

—¿Quieres decir que durante el día permanece oculto?

—Así es, y en algún lugar no demasiado alejado de aquí.

—Estás pensando en el pabellón de caza, ¿verdad?

—Tú estuviste frente al pabellón de caza y te diste cuenta del nerviosismo de tu yegua, sin duda olía a la bestia nauseabunda.

—Y si lo encontramos, ¿qué podremos hacer?

—Si lo encontramos antes de que llegue la noche, clavaremos una estaca en su corazón, es la forma de acabar con él.

—¿Y Cynthia?

—Es mejor no pensar en ella hasta que la encontremos o mejor dicho, hasta que la encuentre. Tú te vas a quedar aquí y yo partiré solo hacia el pabellón de caza. Si hace poco tiempo me hubieran hablado de la existencia de ese monstruo, me habría reído, pero ahora ya he luchado con él y sé con qué clase de fiera he de enfrentarme.

—Iré contigo. ¿Sabes que Derick no ha regresado?

—Su caballo, sí.

—¿Su caballo?

—Le ha ocurrido lo mismo que a ti, ha perdido el caballo en el bosque.

—Si vamos hacia el pabellón de caza, lo encontraremos en el bosque.

—Eso es. Llevaremos su caballo para ayudarle.

—¿Por qué quieres ayudarle, si él no te va a ayudar a ti?

—No se puede vivir odiando siempre.

John en un caballo y Nathaly sobre su yegua, llevando consigo la inquieta montura de Derick, emprendieron la marcha hacia el pabellón de casa.

Un tímido sol aparecía entre las nubes, enviando rayos que a veces penetraban en el bosque limpiamente. Después, el sol se ocultaba y todo volvía a ser gris y frío.

—Mira, John, allí hay algo que brilla.

Dentro del bosque, algo reflejaba los rayos del sol. John se salió del camino internándose entre los arbustos junto al terraplén y descubrió de qué se trataba.

—Es una daga de plata. —Se apeó para cogerla entre sus manos.

—No la había visto nunca —dijo Nathaly.

No descubrieron el cadáver de Murphy Thompson que se hallaba al fondo del terraplén.

—Esto podría tener que ver con el vampiro que buscamos.

—¿Por qué?

—Por lo que he podido leer esta amanecida en la biblioteca, hay cosas que repelen al vampiro, como son los dientes de ajo y algunas plantas aromáticas, también cruces y símbolos de la religión, pero para destruirlos, hay tres cosas fundamentales.

—¿Cuáles? —inquirió interesada.

—La luz del sol, una estaca de madera clavada en el corazón y una daga de plata en forma de cruz.

—¿Insinúas que esta era la daga que podía tener clavada hasta que alguien se la ha sacado como si hubiera desencadenado al monstruo?

—Es posible. Vamos, parece que llevamos buen camino.

Cuando avistaron el pabellón de caza, los caballos mostraron su inquietud con relinchos y clavando los remos delanteros en la tierra para no seguir avanzando.

—Mira ese carruaje, hay un caballo malherido.

—Este cabriolé no es de la mansión de los Adamstain.

—Posiblemente sea de alguien que se ha acercado hasta aquí con él y el animal se ha asustado como todos los caballos.

Desmontaron, sujetando los caballos a un árbol para que no escaparan.

Llevando una estaca de madera, la maza y la daga-cruz, John le dijo a Nathaly:

—Quédate aquí.

—No, voy contigo, aquí sola aún tendría más miedo. Además, tú has dicho que el vampiro no ataca durante el día.

Avanzaron a pie hacia el pabellón de caza. La puerta estaba abierta y en el suelo había pisadas con suciedad de barro.

—¡John, es Derick!

Derick estaba al pie de la escalera, con los ojos abiertos y señales de

sangre en el cuello.

—Ya nada podemos hacer por él, la bestia de la noche lo ha matado.

—Dicen que los que mueren desangrados por un vampiro se convierten también en vampiros, ¿verdad?

—Sí, eso es lo que se dice, pero hay un detalle.

—¿Cuál?

—Siempre quedan con los ojos cerrados y Derick los tiene abiertos.

—¿Por qué?

—Los que mueren desangrados por un vampiro es como si se sumergieran en un sueño, no sufren. Derick tiene los ojos abiertos, quizás cayó por la escalera. —Le cogió la cabeza, miró los dos siniestros orificios y luego, le movió la cabeza—. La tiene rota, pero por lo que parece, el vampiro, aún después de muerto, le ha chupado la sangre, debía de estar muy sediento. —Miró hacia lo alto y señaló—: Allí hay un candelabro, las velas están consumidas. Quiere decir que llegó hasta el piso, fue atacado y cayó, desnucándose, pero le han desangrado lo mismo.

—Entonces, el monstruo está arriba…

John comenzó a subir la escalera. Nathaly no se despegó de él. Buscaron en el piso y hallaron abierta la puerta que conducía al desván.

—Ha de estar arriba —dijo John.

—Tengo miedo —confesó la joven.

Subieron al desván. Gracias a la luz que penetraba por la claraboya pudieron ver los viejos animales disecados y muchos de ellos despanzurrados, el jabalí sin ojos.

Mientras avanzaba, Nathaly contenía gritos de miedo. Todo la asustaba, pero no quería quedarse atrás.

—Ahí está el ataúd —señaló John.

Avanzaron con cierto temor hacia el féretro.

Fue Nathaly quien descubrió a la pequeña que yacía en el suelo, cerca del ataúd.

—¡Cynthia!

—¡No la toques! ¡Mira su boca, tiene sangre!

—Dios mío… No querrás decir que ella también es una vampiro…

—Seguro, está junto a su amo y señor. Hemos de salvar su alma.

—¿Qué vas a hacer?

—Será mejor que vuelvas la cabeza y no mires.

—¡No, no lo hagas!

John no tuvo vacilaciones. Puso la punta de la estaca sobre el pecho de Cynthia y golpeó con fuerza con la maza.

—¡Aaaaaaaggggh!

La niña gritó como una bestia herida mientras su boca se abría desmesuradamente y aparecían los siniestros colmillos.

—¡Dios, Dios, qué horrible! —gimió Nathaly, incapaz de resistir la

horrible visión.

Con la estaca atravesando su pequeño corazón, la niña volvió a cerrar los ojos y la boca. Su aspecto se dulcificó, fue como si acabara de dormirse.

Comenzaron a oír como rugidos que brotaban del interior del ataúd.

—El conde Drácula ruge de miedo y de rabia —dijo John.

—¡No abras la caja, no la abras! —pidió Nathaly temiendo volver a la bestia.

John se acercó al ataúd y descubrió el pequeño agujero sobre la tapa.

—Parece que esto ha de encajar aquí.

Levantó la daga-cruz y puso la punta en el orificio, dejando que el propio peso de la plata se deslizara hacia el interior del ataúd que comenzó a moverse como si se hubiera desencadenado un terremoto dentro de él. John se sintió como empujado por una fuerza invisible y habría caído lejos del ataúd si no se hubiera agarrado a la daga-cruz.

—¡John, John, la casa se mueve!

—El monstruo está echando mano de todos sus poderes para impedir que lo regrese al infierno.

Efectivamente, ya no solo temblaba el ataúd, sino toda la casa. Bruscamente, todo el cielo sobre el pabellón de caza se oscureció, estallando una especie de huracán con fuerte tormenta eléctrica.

—¡John, John, tengo miedo! —gritó Nathaly.

La joven cayó entre los sucios y podridos animales disecados allí olvidados para siempre. Los rayos entraron en la casa haciendo estallar las ventanas y prendiendo fuego en los muebles.

Drácula no podía escapar de su ataúd. La luz del sol que penetraba por la claraboya sería funesta para él, por ello empleaba todo el poder del que disponía para vencer a quienes pretendían destruirle.

Los cristales de los ventanales saltaban hechos pedazos. Ráfagas de viento huracanado barrían el pabellón de caza de un lado a otro. Nathaly se sentía arrastrada por encima de los restos de los animales disecados. El jabalí, como si estuviera vivo, se alzó en el aire y cayó sobre ella.

Aquella energía infernal que utilizaba Drácula trataba de lanzar a John lejos del ataúd, pero este no soltaba la daga-cruz. Su diestra, armada con el mazo, se alzaba en el aire, pero una energía poderosa le impedía bajar la maza para golpear sobre la daga. Era como si un brazo férreo sujetara su muñeca. El rostro de John se tensó, las sienes se le hincharon, parecía incapaz de vencer aquella fuerza diabólica.

Los rayos caían dentro de la casa como buscando a Nathaly y por el interior del pabellón saltaban las chispas. Varios muebles comenzaron a arder.

—¡Maldito seas, hijo de Satanás! —masculló John, y golpeó la daga-cruz.

El rugido bestial les ensordeció. Después, fue como el prolongado

maullido de un felino herido. John volvió a golpear con la maza, clavando la daga-cruz a través de la tapa del féretro. Se hizo entonces el silencio, los vientos y la tormenta cesaron.

—¡John, fuego, fuego!

John se apartó del ataúd atravesado por la daga-cruz. La punta de plata salía por la plataforma inferior, lo que indicaba que el cuerpo de Drácula había sido traspasado en su totalidad.

Cogió a la muchacha, sacándola de entre aquellos horribles restos de animales disecados, y escaparon del desván mientras las llamas ya subían por la escalera.

John se quitó la chaqueta y envolvió la cabeza de la mujer. Tomándola en brazos, bajó la escalera. Pasó por encima del cadáver de Derick y salió corriendo del pabellón de caza.

El bosque había recobrado su secular paz y el fuego brotaba por las ventanas destruidas del pabellón, él terminaría la obra que el vengativo Murphy Thompson comenzara, solo que, su venganza le había alcanzado a él también.

—John, John, ¿qué haremos ahora?

—Vivir, ahora ya somos libres.

John y Nathaly no estaban muy lejos de saber que el padre de Derick había reconocido a John como hijo en su testamento y que en el caso de faltar Derick o carecer este de herederos, sería John el sucesor de Adamstain.

F I N



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 90 Pts